

Jéniffer Gladys Vicky Merche Daniela Hanane Verónica Gabrieli



Mujeres que se Mueven



Este libro ha sido posible gracias a la generosidad
de Jénifer, Gladys, Vicky, Merche, Daniela,
Hanane, Verónica y Gabrieli.

Sois ejemplo.

Gracias.

Primera edición: enero de 2018

Médicos del Mundo Asturias
Plaza Barthe Aza, 6
33009 Oviedo



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
CC BY-NC-ND

Imprime: HiFer A. G. - Oviedo / correo@hifer.com
www.elsastredeloslibros.es

D.L.: AS-00202-2018

Testimonios: Jénifer, Vicky, Merche, Hanane, Gladys, Daniela, Verónica y Gabrieli
Omitimos sus apellidos por cuestiones de privacidad y/o seguridad.

Idea original, dinamización de talleres y co-escritura de los testimonios: Patricia Simón Carrasco

Maquetación: Marta Assolari Moral

Ilustraciones:

Retratos de los testimonios y manchas: Verónica García Ardura

Escenas del viaje de las personas que semueven.org: Nuria Aymà / Piaggiodematei

Mujeres
que se
Mueven

ÍNDICE

¿Migrante? ¿Refugiada? Llámame Jénifer	25
Para profundizar en la situación de las mujeres víctimas de trata con fines de explotación sexual	30
Gladys y la casa	33
Para profundizar en las discriminaciones que sufren las mujeres migrantes por razón de género	44
Vicky y el derecho a migrar	47
Para profundizar en las discriminaciones que sufren las personas negras en España	50
Hanane, el cuerpo en el que se estrella la islamofobia	53
Para profundizar en la islamofobia	60
Daniela, obligada a vivir en la ilegalidad	63
Para profundizar en la vulneración de derechos que sufren las personas en situación administrativa irregular	66
Merche y el proceso de reencontrarse consigo misma	69
Para profundizar en el proceso de construcción de sociedades interculturales	72
Verónica, la luz de la interculturalidad	75
Para profundizar en la situación de las personas españolas que han migrado	78
Gabrieli o tener que volver a conocer quién es mamá	81
Para profundizar en la situación de las mujeres y hombres que se mueven: tú	86

PERSONAS QUE SE MUEVEN

«Personas que se mueven» son las personas que migran, las que buscan refugio y las personas que se mueven por la construcción de un mundo más justo, donde las fronteras no sean fosas comunes amparadas por la impunidad.

Médicos del Mundo es una organización formada por voluntarios y voluntarias que lleva 28 años luchando por el derecho a la asistencia sanitaria de «Personas que se mueven» y en situación de vulnerabilidad en una veintena de países, incluida España. Médicos del Mundo es una asociación independiente que trabaja para hacer efectivo el derecho a la salud para todas las personas, especialmente para aquellas que viven en situación de pobreza, inequidad de género y exclusión social o son víctimas de crisis humanas.

Curar es la primera misión de Médicos del Mundo y de las personas voluntarias y profesionales que conforman nuestra asociación. Por eso, quienes formamos parte de esta organización nos comprometemos a ayudar a todas las poblaciones vulnerables, excluidas o víctimas de catástrofes naturales, hambrunas, enfermedades, conflictos armados o violencia política. Para Médicos del Mundo el derecho de las víctimas a ser atendidas debe prevalecer sobre cualquier otra consideración.

<http://www.medicosdelmundo.org>

Este libro forma parte de una campaña de sensibilización, educación para la transformación social e incidencia política de Médicos del Mundo que tiene el objetivo de visibilizar las fortalezas, luchas y conquistas de las personas migrantes, refugiadas y defensoras de derechos humanos en un contexto de vulneración de derechos fundamentales dentro de las fronteras europeas y españolas.

Para ello, Médicos del Mundo ha documentado la historia de decenas de «Personas que se mueven» para divulgarlas a través de vídeos, exposiciones y distintas actividades con el fin de contrarrestar el auge de movimientos y discursos xenófobos y racistas, así como de exigir al Gobierno español y a la UE el cumplimiento y la defensa de los compromisos internacionales para garantizar la debida protección y condiciones de acogida a través de rutas seguras y legales a las personas migrantes y refugiadas.

<http://www.personasquesemueven.org>

LA EMIGRACIÓN, MOTOR DE LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Rosa Mayo

Voluntaria de Médicos del Mundo Asturias

Seguramente la invitación a escribir vuestras vivencias migrantes os ha permitido hacer un recorrido mental y emocional por vuestra experiencia vital desde el momento, el lugar, el barrio, los amigos y la familia, en que comenzasteis a construir vuestros propósitos de construir una nueva vida mediante el recurso a la emigración, hasta el momento actual.

La emigración ha sido, es y será, una opción de vida para el ser humano consecuencia de muchos factores –económicos, culturales y sociales–, por los que ser emigrante es un hecho cotidiano y universal, aunque siempre conlleve situaciones dolorosas de pérdidas de identidad cultural y social por el desarraigo que supone para la persona emigrante.

Para quienes no hemos sufrido una experiencia tan dolorosa como la emigración la lectura de vuestros relatos vitales nos servirá para conocer, comprender y valorar lo que valen los momentos, las circunstancias, las emociones y los sentimientos que os han acompañado en este proceso, a pesar de haber compartido espacios vitales con vosotras.

La emigración, seguramente, os haya proporcionado un conocimiento del mundo y de las relaciones sociales que os han permitido aprender más de la vida y fortalecido como personas, por haber sobrevivido a un mundo de incertidumbres, de abandonos, de necesidades no satisfechas y de soledad en una sociedad cuyas costumbres desconocíais.

Uno de los sentimientos del que habéis dejado constancia en nuestros encuentros ha sido la frustración por haber tenido que enfrentaros a dificultades legales, laborales, sociales y emocionales que no os han permitido

encontrar el equilibrio necesario entre los duelos que el proceso migratorio conlleva y las exigencias y oportunidades que el país de acogida os requiere para poder desarrollar el proyecto de vida con el que habíais soñado.

Aunque la frustración es una experiencia humana que puede resultar paralizante, éste no ha sido vuestro caso y hemos sido testigos de cómo os habéis fortalecido para abordar las dificultades y las limitaciones que el día a día os presenta, buscando recursos, apoyos y oportunidades para reorientaros y reinventaros en una sociedad ajena a vuestras experiencias vitales.

La emigración os ha obligado a adaptaros a situaciones vitales desconocidas al estar ausentes los referentes y los apoyos que proporcionan seguridad personal y social, porque se pierden y se mediatizan las relaciones establecidas desde la infancia, porque las formas de vida cotidianas sobre las que hemos elaborado nuestra personalidad desaparecen, porque todas estas circunstancias causan incertidumbre, inseguridad, miedos y la necesidad de confiar y depender «de los otros» desconocidos.

Reconstruir vuestros relatos vitales os habrá facilitado armar vuestra propia historia y poner la distancia necesaria para reconocerlos a través de ellos: quiénes sois, dónde estáis, adónde queréis llegar, y cómo queréis y podéis hacerlo.

Vuestra participación activa y comprometida os convierte en elementos esenciales de cambio de vuestra historia personal y social, de la historia de vuestros hijos e hijas, de la sociedad que os ha acogido y de la que procedéis. Y en esa medida, sois partícipes de la transformación social a pesar de la situación de vulnerabilidad en la que os encontráis u os habéis encontrado.

Esperamos y deseamos que, en un tiempo cercano, disfrutéis de las condiciones legales, sociales, emocionales y económicas que os garanticen vuestra dignidad como personas y así viváis el deseo que construisteis en aquel pueblo o ciudad donde decidisteis que la emigración era parte de la solución a vuestras vidas.

UNAMOS NUESTRAS VOCES

Patricia Montila

Técnica de inclusión Social de Médicos del Mundo Asturias

No me pertenece el privilegio de hablar sobre las vidas de quienes vienen día tras día sintiendo que no tienen derechos. Me limito a transmitir un sentimiento:

Cuánto dolor, cuán grande herida tras los rostros que amplia sonrisa ofrecen, tratando de esconder miedos e incertidumbre de vida.

El movimiento, la adaptación, su constante.

La soledad como identidad, incomprendidas, abandonadas, excluidas, invisibles a las que han borrado su valor, despojadas de derechos desde niñas.

Y, a pesar del daño, muestran fuerza y valentía. Fieras leonas protectoras de sus crías, incesantes guerreras en busca de mejor vida.

Cuán oscuro sentimiento de quienes enaltecidos por el poder infunden temor y con desprecio las despoja de derechos.

Qué poco duelen los golpes ajenos, las lágrimas lejanas.

El opresor es el mismo para todas las mujeres del mundo, la misma lucha.

¡Que nuestra voz se una!

Patricia Simón

Coordinadora y coautora de «Mujeres que se mueven»

«La explotación de una finca pasó a ser industrial y los propietarios imitaron a Roma, aunque sin ser conscientes. Importaron esclavos, aunque no les dieron ese nombre: chinos, japoneses, mexicanos, filipinos. Se alimentan de arroz y judías, dijeron los hombres de negocios. No necesitan demasiado. No sabrían qué hacer cobrando buenos salarios. Si no hay más que ver cómo viven, lo que comen. Y si empiezan a espabilar, se les deporta».

*Las uvas de la ira,
John Steinbeck (1939)*

Están ahí, aunque no las queramos ver, cuidando a nuestras criaturas, paseando a nuestros abuelos y abuelas, limpiando nuestras casas, preparando las comidas en los restaurantes, siendo prostitutas por nuestras parejas, hijos o padres; envasando las verduras de los invernaderos, recogiendo las cosechas... Están ahí, justo encima de tu cabeza, en el piso de arriba, arrullando a sus hijos; están ahí, en la puerta del colegio, recogiendo a sus críos nacidos en Asturias aunque se les trate como a extranjeros; están ahí, borrando con pintura la pintada que han hecho en el local de su asociación, «Fuera inmigrantes robamaridos».

Según el Instituto Nacional de Estadísticas, en 2017 había 38.800 extranjeros residiendo en Asturias, de los cuales, 20.600 eran mujeres. Las

nacionalidades más numerosas son las de Rumanía (4.800), Brasil (1.600), Paraguay (1.300), Marruecos (1.200), Colombia (1.000) y República Dominicana (820). En una comunidad con 1,3 millones de habitantes, la población extranjera representa menos del 3%, el tercer porcentaje más bajo del país.

Sin embargo, esta baja presencia no les evita sufrir los mismos estereotipos, rumores y discriminaciones que ‘los otros’, las personas llegadas de otros lugares, han sufrido habitualmente a lo largo de la historia.

- «Nos quitan el trabajo»
- «Vienen sin contratos de trabajo»
- «No respetan nuestra cultura y costumbres»
- «Se quedan con las ayudas sociales»
- «Saturan los servicios públicos»
- «Nos quitan a nuestros maridos»

Estos prejuicios, que cualquiera de las mujeres que protagonizan este libro ha escuchado más de una, de dos y de diez veces, fueron los mismos que persiguieron a los españoles y españolas que llegaron en la década de los sesenta y los setenta a países como Alemania. Como recoge excepcionalmente el documental *El tren de la memoria* (disponible en rtve.es), los alemanes no querían alquilarles pisos porque decían que los españoles eran ruidosos, que no cuidaban el mobiliario y que apestaban los edificios con sus platos cocinados con ajo. Las fábricas construían barracones para que durmiesen allí hacinados y esperaban que se sintieran agradecidos porque no tenían que pagar por el alojamiento. En los bares no era bienvenida su presencia porque eran demasiado expresivos, alegres, habladores... Estaban demasiado vivos.

Tan vivos como estas mujeres que están aquí, que son nuestras vecinas, las madres de los amigos de nuestros hijos e hijas, nuestras supuestas iguales. Pero que tienen que cargar sus propias vidas sobre sus hombros e intentar salvar los obstáculos que el racismo y el clasismo institucional y social les va imponiendo, como trampas, como casillas de una desquiciada yincana en la que la ley es la trampa y el ser humano la presa a cazar.

Mujeres que llegan a cobrar hasta cinco euros la hora por limpiar, cuidar, bañar, cocinar... Convirtiéndose así en el último eslabón de la cadena de precarización por la que los españoles y españolas, cada vez más pobres, subcontratan algunas de las tareas que antes realizaban las mujeres a otras mujeres, más pobres, más explotables. Mujeres que tienen que pasar tres años en situación de irregularidad -sin papeles- para poder empezar a tramitar su permiso de residencia. Tres años en los que tendrán que recorrer el pueblo o la ciudad donde residan siguiendo un callejero propio, aquel que evita las estaciones de trenes, las plazas concurridas, las comisarías de policía. Porque en ellas tendrían más posibilidades de ser identificadas en unos controles policiales que las Naciones Unidas ha condenado por ser racistas, por basarse en el aspecto étnico de las personas, pero que llevan más de dos décadas realizándose diariamente. Tres años en los que estas personas temerán ser detenidas, encerradas sin haber cometido ningún delito -no tener los papeles en regla es una falta administrativa- en un Centro de Internamiento de Emigrantes, y deportadas a la casilla de salida, su país de origen.

Mujeres que, en muchos casos, tuvieron que dejar sus hijos a cargo de sus familias para buscar un sustento que les permita a sus descendientes salir de la espiral de pobreza y falta de oportunidades. Mujeres que hablan con sus criaturas, mientras las que cuidan duermen la siesta, y que se sienten culpables por estar encariñándose con esas a las que ven todos los días, mientras se sienten cada vez más lejanas de las suyas propias.

Mujeres como Hanane, a la que casi todos los días alguien insulta por las calles de Oviedo por llevar un pañuelo cubriendo su cabello. O como Gladys, que en determinado momento se dio cuenta de que su hija adolescente estaba sufriendo con la migración forzada por el corralito en Argentina lo mismo que ella cuando tuvo que abandonar Paraguay por la dictadura; o Daniela, licenciada en Medicina que vino a Asturias a estudiar el MIR y que no puede hacerlo ya que le deniegan el permiso de residencia porque, pese a estar casada con un español, éste carece de un contrato de trabajo; o Merche, que ha tenido que hacer frente a todo tipo de dificultades para poder satisfacer mínimamente las necesidades de sus hijos e hijas; o Danieli, una joven que ha tenido que aprender de nuevo a querer a

su madre, después de que pasarán años separadas hasta que pudo reunirse con ella en España. Mujeres como Verónica, una asturiana que creció en Bélgica junto a sus padres –en situación administrativa irregular durante años– y que constató las heridas que abre el desarraigo; o Ruth, que tras una infancia de maltrato en Nigeria, terminó en España siendo superviviente de trata en uno de esos prostíbulos que abundan en nuestras calles y polígonos industriales.

Sin embargo, todas las injusticias, desprecios y atropellos que han sufrido desde su llegada a España, no han podido con ellas. Hanane es una mujer marroquí que saca adelante, junto a su marido, a sus dos hijas, que quieren ser actriz y pediatra. Ahora, su reto, es recuperar su carácter más aguerrido. «Yo era más valiente, pero aquí me volví sumisa. Como tenemos mala fama, terminé achicándome ante los insultos como una estrategia para desmentir esos prejuicios. Ahora ya sé que esa no es la vía». Gladys es la presidenta de la asociación mierense de mujeres migrantes Las Golondrinas, que en estos diez años se ha convertido en un espacio de referencia en la zona. Merche sigue formándose para poder conseguir un trabajo que mejore sus precarias condiciones de vida. Daniela cuida a un anciano, mientras consigue los papeles para poder estudiar su especialización médica y poder volcar en su país los conocimientos adquiridos. Gracieli se forma para sacar una buena nota en la PAU y poder graduarse en alguna disciplina dedicada a la comprensión del comportamiento humano. Merche se esfuerza por demostrar a quien quiera verlo que no tiene mayor prioridad que garantizar el bienestar de sus hijos. Verónica ha transformado su experiencia migrante en parte de su mirada artística, atravesada por la interculturalidad. Ruth espera que le renueven los papeles para poder volver a ser contratada por una empresa de limpieza, mientras disfruta de los ‘te quiero mucho, mami’ de su hijo.

Mujeres para las que las redes de apoyo han sido fundamentales. Durante una de las entrevistas que le hice a Hanane, llegó Moussa a su casa. Este senegalés al que había conocido en una ONG, venía a recoger su bombona de butano y sustituírsela por una nueva, para que ella, embarazada con su marido trabajando en Kuwait, no tuviera que cargar con el peso. Sin embargo, estas relaciones personales de solidaridad no cuentan para

la Administración cuando se solicita la regularización por arraigo, porque ésta sólo la entiende desde el punto de vista de las relaciones familiares de primer o segundo grado, o mediante un informe de su ayuntamiento que garantice su inserción social.

Daniela y Diego, su marido, se han convertido en voluntarios en la Cocina Económica de Oviedo, donde han tenido la oportunidad de conocer a muchas personas españolas y extranjeras en situaciones aún más graves.

Gladys ha convertido su hogar en un lugar de reunión, donde las mujeres de la asociación saben que siempre encontrarán una mesa que irá pasando de albergar el almuerzo a la merienda, y después la cena, mientras conversan derramando tantas lágrimas como risas.

Y Merche ha encontrado en organizaciones como Médicos del Mundo un refugio en el que aprender a reconstituir su vida.

Por eso, cuando te las encuentres, con sus pañuelos, sus acentos y sus rasgos, pregúntate qué estás viendo y a través de qué prismas. Si los primeros juicios de valor están cribados por una mirada colonial, racista, clasista o machista, o si estás viendo a mujeres que más que probablemente tendrán aspiraciones, inseguridades, deseos, necesidades y sentimientos parecidos a los tuyos. Será entonces cuando puedas empezar a disfrutar de una de las grandes riquezas que nos ha traído el siglo XXI, la posibilidad de convivir en sociedades interculturales. Ya no hace falta viajar a otros continentes para conocer otras culturas, tradiciones, acentos y cosmovisiones. Están ahí, sólo hace falta un *hola*, *¿cómo estás?*, *¿cómo te llamas?*... Como se hizo toda la historia de la humanidad. Porque la historia de la humanidad es la historia de personas que se mueven. Como estas mujeres.

METODOLOGÍA

El libro que tiene entre sus manos es el resultado de un largo proceso. Para llegar a los relatos que van a leer realizamos unos talleres en los que la periodista Patricia Simón acompañó a algunas de sus protagonistas en la recopilación de sus trayectorias vitales y sus procesos migratorios. En ellos, fuimos analizando su poderosa capacidad para hacer frente a los obstáculos y a los retos que habían tenido que superar para llegar al momento actual: tomar la decisión de abandonar sus países y sus vidas sin saber a qué tendrían que enfrentarse, cruzar países y fronteras cerradas al derecho a la libre circulación, sortear las trampas de las políticas de extranjería que hacen prácticamente imposible acceder a la documentación; aprender un idioma, nuevas costumbres y códigos de conducta; luchar por oportunidades laborales que mejoren sus vidas y las de sus familias; y, en definitiva, sobrevivir y vivir mientras elaboran el duelo que requiere asimilar que en sus comunidades de origen ya son percibidas como las emigrantes medio extranjeras, y en el lugar de destino como las inmigrantes extranjeras. No ser ya plenamente de ningún lugar, o el desexilio, como lo llamó Mario Benedetti.

A partir del resultado de estos encuentros y basándonos en su testimonio oral, Simón escribió sus historias lo más fielmente posible a sus formas de expresarse y de exponer los hechos. Por último, se volvió a compartir y reescribir los textos una y otra vez hasta que sus protagonistas sintieron que se correspondían exactamente con aquello que siempre habían querido contar sobre ellas mismas y que lo hacían desde una voz con la que se identificaban plenamente. En el caso de las narraciones de Merche, Gabrieli y Verónica fueron ellas mismas las que los escribieron.

Cada relato va acompañado de una serie de referencias informativas para ampliar el conocimiento sobre las cuestiones que aborda, así como una pregunta abierta al lector/a para que haga sus propias propuestas dirigidas

a que nadie más tenga que sufrir las injusticias narradas. Esta parte está diseñada para que sea enriquecedora y atractiva para todas las personas mayores de 14 años de edad. Además, en la web personasquesemueven.org, el profesorado puede encontrar abundante material didáctico para abordar la cuestión de las migraciones y el refugio.

Por último, las ilustraciones que acompañan cada experiencia son de la artista Verónica García Ardura. Con el objetivo de salvaguardar la identidad de sus protagonistas, así como para que representen también las vidas de millones de mujeres con las que comparten muchas de sus experiencias, se han plasmado desde la cromática y la fluidez de la acuarela, que permite dibujar a unas mujeres cuyo potencial y fuerza está más allá del simple retrato realista.



La historia de la humanidad
es la historia de
PERSONAS QUE SE MUEVEN

¿MIGRANTE? ¿REFUGIADA? LLÁMAME JÉNNIFER



Ahora, por fin, estoy disfrutando de ser madre, con mi tercer hijo. Me dice «te quiero mucho, mami» y me abraza. Tiene cinco años. Mis otros dos hijos están en Nigeria. Tienen 17 y 18 años. Cuando los secuestros de Boko Haram, en 2014, me pasé tres meses sangrando. El médico me decía que estaba todo bien, que era por la situación de estrés que estaba viviendo. Temía tanto que les pudiera pasar a ellos. Estoy arreglando los papeles para poder traérmelos. Llevo casi catorce años sin verlos. La misma edad que yo tenía cuando tuve al primero. Un año después tuve al segundo.

Mi vida ha sido muy larga, tanto como para haber criado a once niños a mis treinta y tres años: mis dos hermanas por parte de madre y padre, seis más que tuvieron mis padres por separado y mis tres hijos.

Todo empezó mal y muy pronto. Mi madre sólo tuvo hijas con mi padre y eso, para mi abuela, era tener ‘ashawos’, ‘putas’. Por esa razón, le pegaba y le insultaba, así que cuando tuvo a la tercera niña se marchó porque ya no aguantaba más. Mi padre era policía y se pasaba todo el mes fuera de casa, sólo venía tres días de permiso, le daba el dinero a mi abuela y se iba. Yo tenía tres años cuando mi madre huyó por primera vez. Cinco cuando se marchó definitivamente con mi hermana pequeña.

Mi abuela no nos daba de comer ni nada con el dinero que le daba mi padre, se lo gastaba todo en su hija menor. Yo no usé zapatos hasta que huí de mi pueblo a los diez años. Como no teníamos ropa y allí son habituales las riadas, me iba al río a buscar trapos arrastrados por las lluvias para que mi hermana y yo pudiéramos cubrir nuestros cuerpos. Tenía que ir hasta siete veces al día a buscar agua a muchos kilómetros de distancia. Y todavía hoy tengo cicatrices de las palizas que me daba mi abuela. Allí las edades son tan distintas a como se conciben aquí como la propia vida.

Tanto que a los siete años me escapé con una chica a la ciudad. Una señora se apiadó de mí y me ayudó a vender agua en la calle y así ganar algo de dinero. Mi abuela fue a buscarme, dejó a su hija en mi puesto de vendedora y me llevó de vuelta al pueblo para ponerme a trabajar en el campo. Recogía ñam y picante para ella. Nunca fui al colegio. No sé leer ni escribir.

A los nueve años me volví a escapar y llegué a Benin City, capital de Edo State (Nigeria). No hablaba inglés y sentía vergüenza por haber crecido en un pueblo donde sólo hablábamos la lengua local. Allí aprendí cosas básicas como que había que echarse jabón para ducharse.

Fue entonces cuando me reuní con mi madre y mi hermana pequeña. Ella me abrazaba mientras lloraba y lloraba, y me decía «pasaron muchas cosas, te las contaré cuando seas mayor». A mí me costaba mucho llamarla ‘mamá’. Pero mi padre nos encontró y la amenazó con que si yo no volvía con mi abuela, nos destrozaría la vida. Era policía y podía hacerlo. Me he pasado la vida preguntándome si algún día podré ser feliz.

Un par de años después, mi hermana mediana y yo nos escapamos y terminamos viviendo en la calle. Un día, un policía que conocía a mi padre se nos acercó y nos dijo que no podíamos seguir viviendo así. Nos llevó a su casa. Nos daba dinero y comida. Un día empezó a tocarme. Yo le pregunté que por qué lo hacía y me dijo que era normal. Hasta que un día se acostó conmigo. Yo tenía 13 años. No sé si fue una violación, yo no tenía opción porque si me hubiese resistido, él ya no nos habría seguido ayudando a mi hermana y a mí. Cuando acabó, me dolía mucho, no podía caminar bien y sangraba. Él me traía pastillas y comida para que no tuviera que moverme.

Para cuando nació mi primer hijo mis padres ya habían muerto. Yo no quería cogerlo en brazos, me daba miedo hacerle daño. Mi primera regla me vino meses después de tenerle. ¡Es que tenía catorce años! Al poco tiempo tuve al segundo. Fue entonces cuando me dejó por otra mujer. A mí y a nuestros dos hijos.

Su madre, mi suegra, me permitió vivir con ella durante cinco años. Hasta que consideró que había llegado el momento de que aprendiese a buscarme la vida sola con los críos. Entonces, empezaron a aparecer todos los hijos de mis padres. Tenía que hacerme cargo de ellos porque soy la hermana mayor. Trabajaba en una panadería y apenas ganaba dos euros al día. Eso cuando me pagaban. Fue en ese tiempo cuando conocí a la gente que me trajo a España.

Una vecina me dijo que traía a chicas a Europa para trabajar. Yo sabía que muchas terminaban siendo prostitutas, pero ella me prometió que no sería mi caso. Me llevó a un brujo para que me hiciera ‘vudú’. Tuve que prometer que pagaría la deuda porque si no lo hacía, moriría. Tardé un año en llegar a España. Nos trajo una chica y viajábamos en bus, en taxis colectivos... Lo peor, peor, fue Marruecos. Los policías quemaban nuestras chabolas, nos pegaban, nos hacían de todo. Llegué en patera a España, pero no recuerdo a qué sitio. Una mujer vino a buscarme al centro de la Cruz Roja en taxi. Me llevaron a una casa donde había más mujeres y la ‘madame’. El domingo fuimos a misa -soy católica- y por la noche me llevaron al parque. Entonces fue cuando supe en qué iba a trabajar. De puta. Cuando me negué, la ‘madame’ me dijo que tenía que pagarle la deuda si no quería morir: 45.000 euros. Yo no sabía ni lo que eran los euros ni nada.

«Chupar, diez euros; follar, veinte». Eso fue lo primero que aprendí a decir en español. Pasaban muchos chicos en coches, algunos nos gritaban «putas» y nos tiraban latas de bebidas y otras cosas. Recuerdo perfectamente la primera vez. Un hombre me metió en su coche y me llevó a un sitio aislado. Me tiraba del pelo y me decía «fóllame, puta» mientras gesticulaba mucho. Yo le decía en inglés «Please, please. I am new girl» («Por favor, por favor. Soy nueva»). Cuando acabó, se quitó la goma, me la tiró a la cara y me escupió. Tenía tanto miedo. Me sacó a empujones del coche y me dejó en medio del bosque. Yo lloraba buscando a las otras chicas. Cuando estás en esa situación el corazón bombea a toda velocidad hasta que termina. Piensas que te va a matar. Con el tiempo yo sólo quería fumar porros y beber whisky. Me volví alcohólica. Aún ahora, que ya no bebo ni fumo ni me prostituyo, cuando pienso en todo aquello, me duele la cabeza y el corazón se me acelera.

Cuando la policía empezó a impedirnos trabajar en la calle, la ‘madame’ nos dijo que nos fuésemos a puticlubs. Así fue como llegué a un pueblo de Asturias, donde encontré a una señora muy buena. Era la dueña del local y me adoptó como si fuese su hija. Me contrató como limpiadora y cocinera para que dejase de trabajar en eso.

Cuando lo tenía todo en regla me pagó el viaje para que fuese a Valencia a arreglar el permiso de residencia. Pero me detuvieron en Oviedo y me dictaron una orden de expulsión. Llamé a la ‘madame’ porque ella siempre nos decía que teníamos un abogado que pagaba con lo que le dábamos. Cuando le conté lo ocurrido, me colgó y nunca más me cogió el teléfono. Así fue como di por saldada la deuda.

Luego empecé una relación con un español que me ofreció 300 euros al mes a cambio de que dejase el prostíbulo. Al principio todo muy bien, pero cuando me quedé embarazada me abandonó. Pero me queda mi hijo.

Me encanta España porque no me ha abandonado. Estuve cinco años viviendo en una casa de acogida de ACCEM y ahora vivo en un piso de protección oficial. Lo único es que sigo sin conseguir los papeles, aunque lleve catorce años viviendo aquí y mi hijo sea español. Si no tienes siempre un contrato de trabajo, los pierdes y hasta que no los vuelves a conseguir, no te pueden contratar de nuevo. En la empresa de limpieza donde llevo años trabajando, por temporadas, me han dicho que volverán a contratarme si los consigo.

Lo que más me duele es recordar el maltrato de mi abuela y lo pequeña que era cuando tuve a mi primer hijo. Demasiado pequeña. Si eso hubiera ocurrido aquí, él estaría en la cárcel.

ESO SÍ, POR FIN, AQUÍ Y AHORA,
HEMOS ENCONTRADO UN
POCO DE PAZ.

Jennifer, 2018

«En distintos lugares del mundo he visto cómo la trata se convertía en un fenómeno endémico. Desde Pereira en Colombia, Phnom Penh en Camboya, o Edo State en Nigeria, este crimen ha pasado a formar parte de la economía de lugares donde no hay otras alternativas de desarrollo (...) Es así como la trata, la esclavitud, se postula como una solución a problemas individuales, pero también comunitarios, en una economía globalizada que genera cada vez más desigualdad social».

HELENA MALENO, *Todas* (2017)
<https://libros.com/comprar/todas/>

Ver el vídeo *Desmitificando la prostitución* de Médicos del Mundo:
<https://www.youtube.com/watch?v=bfM96Y7hIBU>



PARA PROFUNDIZAR EN LA SITUACIÓN DE LAS MUJERES VÍCTIMAS DE TRATA CON FINES DE EXPLOTACIÓN SEXUAL

¿Sabías....

¿Que la trata con fines de explotación sexual es endémica en lugares como la región de la que procede Jennifer, Edo State?

La investigadora y periodista Helena Maleno te explica las causas
<https://www.youtube.com/watch?v=7vtnDTfc5PQ>

¿Por qué las mujeres supervivientes de la trata con fines de explotación no siempre pueden o quieren denunciar?

La abogada Clara Corbera, de Fundación Amaranta, te explica los motivos:
<http://trata.periodismohumano.com/2012/09/21/no-todas-las-mujeres-que-quieren-denunciar-pueden-denunciar/>

¿Que la trata con fines de explotación sexual es una forma de violencia machista?

Según la Estrategia de la UE para la Erradicación de la Trata de Seres Humanos 2012-2016, algunas de las causas que propician la Trata de Mujeres son el machismo y la cultura de la violencia contra la mujer; el fenómeno de feminización de la pobreza; la desigualdad en el acceso a educación y la formación de niñas frente a niños y la discriminación en el acceso al mercado laboral.

Aquí Médicos del Mundo te explica por qué la violencia sexual es también violencia machista.

<https://www.medicosdelmundo.org/actualidad-y-publicaciones/noticias/la-violencia-sexual-es-tambien-violencia-de-genero>

Y yo, ¿qué puedo hacer? Propón medidas, acciones y políticas dirigidas a erradicar esta problemática.



GLADYS Y LA CASA

Cuando llegamos a España, después de más de un año esperando poder reunirnos con mi marido, de repente, desperté y me di cuenta de que le estaba haciendo a mi hija lo mismo que me habían hecho a mí mis padres, le estaba partiendo la vida. Pero también fue entonces cuando, por fin, les comprendí yo también a ellos, algo que no había hecho cuando tuvimos que marchar de Uruguay, siendo yo una adolescente.

Mi marido y yo trabajábamos en la misma empresa cuando llegó el corralito en Argentina y nos despidieron a los dos. Fue lo mismo que acá con la crisis. Cerraron las fábricas, se fueron las empresas, era como si hubiera caído una bomba. La nada. Se liquidaba a los más viejos y se contrataba a jóvenes con contratos basura de uno o dos meses de duración.

Mi marido es hijo de un español que había emigrado a la Argentina en 1948. Así que tenía derecho a la nacionalidad española, por lo que decidieron venirse los dos juntos: mi marido a buscar trabajo y mi suegro a pasar sus últimos años en su tierra.

Llegaron a Galicia, donde tenían familia, pero cuando vieron que iban con las maletas para quedarse, les buscaron un hotel. ¡Un hotel! ¡Traían el dinero justo para ubicarse! Así que vinieron a Asturias donde también tenían parientes, que hicieron lo mismo, les buscaron una pensión. A pesar de tener papeles, mi marido no conseguía trabajo y el dinero se iba agotando. Cuando ya parecía que no habría otro remedio que volverse, otro familiar les ofreció su casa y un trabajo a mi marido en su empresa de seguridad privada. Justo entonces, mi suegro decidió que quería retornar a la Argentina porque esta España no es la que él añoraba. Le resultó insostenible descubrir que la que había recordado durante toda su vida ya no existía. Mi marido tuvo que ahorrar para poder enviarle de vuelta, mientras yo vendía mis muebles, mis cuadros, todo.

La gente debe saber que detrás de cada uno de nosotros hay una historia, que nadie deja su país porque quiera, que es un sacrificio. Después de veinte años viviendo en tu casa, desarmar un vida entera, ir viendo día tras día –como si fuese una película– las paredes cada vez más vacías, cómo vas vendiéndolo todo y todo se va quedando vacío. Es una especie de entrenamiento para lo que vendrá. Entrás en tu casa y ves cómo toda tu vida se está yendo sin saber con lo que te vas a tener que enfrentar. Y cuando llegás acá, te das cuenta de que todo lo que te montaste en la cabeza no tenía nada que ver con la realidad.

Mi marido me decía que había alquilado una casita por donde pasaba un río. En mi cabeza la imaginaba como la de Heidi, con un gran arroyo delante y una majestuosa montaña detrás. Cuando llegué a Mieres, descubrí que el río era un hilo de agua, que la casa era minúscula, que estaba en la calle de todas las sidrerías de Mieres... Mi casa en Argentina tenía una finca enorme y aquí era tan pequeña que lo único que podía hacer para airearme era sacar la cabeza por la ventana y ver ese río al que yo quería tirarme, pero no daba ni para ahogarse.

No podía deprimirme porque mi marido ya estaba muy decaído, se sentía culpable por habernos traído y no poder darnos lo que pensaba que nos merecíamos. Él trabajaba de noche, así que cuando se acostaba por la mañana a dormir, yo salía a caminar y llorar y llorar. De esa manera volvía más relajada y podía hacer frente a mis hijos, que se la pasaban llorando y diciendo que se querían volver, y a mi marido, que se lamentaba por todo el sacrificio en balde que había hecho.

Gran parte del dinero que mi marido me envió a Buenos Aires para preparar nuestra venida me lo tuve que gastar en juntar una cantidad de papeles que certificaban que todo estaba correcto, que éramos pareja de hecho, que mis hijos habían estudiado hasta tal grado... Pero cuando llegué acá, nada servía. Inicialmente no podíamos acceder a la reagrupación familiar, luego dijeron que yo sí, pero que mis hijos no porque son fruto de mi anterior pareja. ¿Cómo iba a quedarme yo acá y enviar de vuelta a mis hijos?

Lo que yo sufrí, madre mía. Pasaba por la *Casa de Encuentros de las Mujeres* de Mieres y veía su programa de actividades, pero no me atrevía a entrar porque, como no tenía papeles, temía que alguien se diera cuenta y que me deportaran. En aquellos tiempos tenía tal cara de amargura que no le enviaba ninguna foto a mi familia.

Ir a la Oficina de Extranjería, dependiente de la Policía Nacional, te implica envejecer diez años. Te sientes tan maltratada, te rebajan de tal manera... Y pobres los chicos que no hablan español. Los senegales sufren un maltrato horrible. Se ha roto la humanidad.

A los catorce años ya estaba implicada en política, era cuando la dictadura en Uruguay. Íbamos a tomar una universidad o hacer huelga, y los compañeros te decían «sabés que menganito no llegó ayer a su casa», «que desaparecieron a tal»... Así cada día. Una mañana, la policía me detuvo en la calle, pero tenía un primo que era uno de los grandes torturadores del régimen. Salió de una furgoneta y ordenó que me dejaran ir. Advirtió a mi padre de que si no me controlaba, terminaría como el resto. Es decir, presa o desaparecida. La segunda vez que fue a hablar con mi padre le dejó claro que no habría una tercera. Y él, que también estaba sufriendo las consecuencias de la recesión, supo que nos tenía que sacar del país inmediatamente.

Hasta ese momento vivíamos bien. Mi padre trabajaba de administrativo en una fábrica por las mañanas y haciendo reparaciones como electricista por las tardes. Cuando mis padres nos llevaron para la Argentina yo sentí que había perdido mi vida, que me la habían cortado, me sentí muerta en vida. Hasta aquel momento tenía claro que iba a ser maestra.

Quiero que mis hijos y mis nietos sepan qué hay detrás de cada uno de nosotros porque nos han ido perdiendo con nuestro errar de país en país, y va a llegar un punto en el que no sepan quiénes han sido sus abuelos, sus padres, de dónde venimos, por qué nos fuimos y cómo nos ha ido marcando todo ese éxodo.

Mi padre dejó de ser el padre que yo conocía cuando llegamos a la Argentina. De ser una persona amable y afable pasó a ser más gruñón y seco. Pero es que en la Argentina todo se le fue atravesando. Tuvo que aceptar empleos que jamás se habría planteado hasta ese momento, trabajar de noche no sé cuántas horas en una fábrica...

Él partió primero –toda nuestra historia es un calco de la suya- para juntar y poder llevarnos a los tres hijos y a mamá. Alquiló y arregló una casa. La pintó y volvió habitable, con la mala suerte de que cuando nosotros estábamos prácticamente camino de la Argentina, llegó un comando y dijo que desde ese momento esa vivienda pasaba a convertirse en una sede del peronismo. Mi padre fue a hablar con el casero, pero éste le dijo que mejor dejarlo estar y no buscarse problemas. Le alquiló otra vivienda, que era como la casa de la Familia Addams. Su anterior inquilino había perdido la cabeza y la había encalado entera de marrón, había arrancado parte del suelo... Pero ya no daba tiempo de arreglarla. Además en ese tiempo hubo un conflicto entre Uruguay y la Argentina y el contenedor con nuestras cosas se quedó confiscado en un puerto durante meses. Así que llegamos en pleno invierno vestidos de verano, con sólo dos mudas. Recuerdo perfectamente un vestido verde de verano, con dibujos de barquitos, con el que pasé buena parte de aquellos meses, y aquel frío tan terrible que se me instaló en los huesos.

Y ese llegar y no tener nada ni a nadie. Porque en ese sentido sí tengo que decir que cuando llegamos a España hubo gente que fue buena, que nos echó una mano. Pero en Argentina era como si no existiéramos. Vivíamos en Temperley, un barrio inglés de casonas enormes y, ahí en medio, nuestra casa medio destruida era como que lo desprestigiaba. Así que para ellos no existíamos. Dos meses después murió mi abuelo materno, otro varapalo terrible, y ver que mi madre, como no teníamos dinero para un pasaje normal para ir al entierro, tuvo que montarse en un barco tan chiquito que parecía que iba a hundirse en cualquier momento... O cómo los domingos llegaba gente a pedir comida. Aún no habíamos terminado de arreglar la casa y mi madre les hacía pasar para que comieran con nosotros. Son imágenes que no voy a olvidar en la vida. Cómo, de lo poco que teníamos, repartíamos. Espero darles ese ejemplo a mis hijos.

Ahora, que recién ha fallecido mi padre, me he encontrado en la misma situación, estando tan lejos y sin poder viajar allá en un momento tan importante. Y tener que escuchar a los nietos decir que si el abuelo era así o asá. Les tuve que explicar que él era una persona antes de emigrar y otra después, porque es terrible cuando en dos días lo pierdes todo y tienes que volver a empezar de cero. Vas armando tu casa a lo largo de toda una vida, tus recuerdos, todo, cuando, de repente, tienes que meter lo básico en una caja y desprenderte de todo lo demás... Pierdes una parte de tu historia que nunca recuperas.

Cuando nosotros llegamos a España, mi hijo mayor empezó a trabajar y se fue integrando. Pero la nena no lo logró y hasta ahora que se ha ido a Sevilla, no es que ha empezado a sentirse bien. A ella siempre le quedó esa desnudez que tiene uno por dentro cuando es migrante. Lo pasó muy mal en el colegio, la acosaron, así que cuando acabó la secundaria no quiso estudiar más. No es sólo que la trataran como a ‘la extranjera’, sino que económicamente no podía seguir el ritmo de sus compañeras. Cada semana tenía un cumpleaños, pero aquí se paga por asistir porque se celebran en sitios privados; más el regalo, más la ropa –porque no podía ir siempre con el mismo vestido–... Claro que yo no me enteré en el momento porque ella no nos lo contaba para evitarnos que nos sintiéramos aún peor por no poder hacer frente a todos esos gastos y necesidades. Y mi hijo dice que desde que vino acá no volvió a tener amigos, sí muchos conocidos, pero no amigos.

De todas formas, yo tampoco tuve amigos en la Argentina. Al poco de que llegásemos, dieron el golpe de Estado también allá. Los militares entraron un día en clase. Nos sacaron a los uruguayos y a los chilenos, a los que consideraban disidentes, y se nos prohibió estudiar en centros públicos. Mi padre estaba tan asustado que no quería que habláramos en la calle para que no se nos notase que éramos uruguayos. Así que yo sólo quería estar en casa viendo películas antiguas que me llevaban de vuelta a los días felices.

Era 1976 el año en el que el general Jorge Rafael Videla dio el golpe de Estado. Cuando escuchamos la marcha militar... ¡qué espantosa sensación de volver a estar en dictadura, de que aquella locura no iba a acabar nunca!

A partir de entonces, volvimos a vivir con el miedo de que en cualquier momento nos pudieran acusar de sediciosos y desaparecernos, de ser manoseados durante los registros en los autobuses... Por todo ello, ha sido maravilloso ver que, aunque hayan tenido que pasar muchos, demasiados años, finalmente se ha condenado a los responsables de los llamados ‘vuelos de la muerte’. Lo peor es que ninguno de ellos se arrepiente de lo que hizo. Siguen diciendo que defendían la patria subiendo a la gente a los aviones, desnudándola, clavándole las bayonetas en los pulmones para que sus cadáveres no flotaran y tirándola al Río de la Plata...

Una noche entró el Ejército en nuestra casa para preguntarnos por qué habíamos salido de Uruguay. Mis padres nos dijeron que no nos moviéramos, «quédense acostados y ni respiren». Fue una época terrible.

En Argentina no participé políticamente en nada, más que durante los últimos años como voluntaria en un centro de salud. Como no pude estudiar, me tuve que poner a trabajar. Y después, pensando que iba a ser distinto, me casé y ahí se cerró la vida porque no tuve amigas, sólo cuñadas, suegra y madre, cuñadas, suegra y madre...

Perdí mi adolescencia y mi juventud. No me integré, como no se integró mi hija en Asturias. Ella no hizo amigas españolas, sólo latinas y, por lo general, mayores que ella. Yo no me enteré de lo del acoso escolar porque no me lo contó en su momento y porque yo andaba con ese afán de trabajar y trabajar, así fuese hasta en tres sitios. Ahora en Sevilla encontró su lugar, pero es una nueva migración, y con ella, otra parte de mí se pierde. Por teléfono me cuenta cosas como «Mami, aquí quedan en las casas para celebrar, como en la Argentina». Busca reencontrarse con algo parecido a lo que perdió.

En 2006, montamos la Asociación Las Golondrinas porque había bastantes inmigrantes en Mieres que iban a la *Casa de Encuentro de las Mujeres* buscando trabajo, contactos, y la agente de igualdad nos sugirió que creáramos una asociación. Llegás acá con la maleta de nostalgia, de desarraigo y ¿con quién lo hablás? Como aún había subvenciones, organizamos cursos

de español, de formación, dábamos alimentos para más de 200 familias –y eso que decían que aquí no había gente necesitada–. Cuando nos dieron un local para la entidad nos hicieron una pintada en la fachada que decía ‘Fuera inmigrantes robamaridos’. Estamos al lado de la sede de la agrupación de amas de casa y la de viudas. Esas señoras no quisieron tener ningún trato con nosotras durante mucho tiempo.

En 2007 recibimos el premio Mierense del Año por la labor solidaria que realizábamos. Fue la bomba. Miembros de otras asociaciones más antiguas decían que no nos lo merecíamos, que nos lo habían dado porque a los extranjeros se lo dan todo...

Por lo general, hay menos racismo con los argentinos, solemos caer mejor y, en mi caso, por mi tono claro de piel no suelo tener mayores problemas. Pero sí lo noto con las compañeras colombianas, bolivianas, brasileñas... Me molesta muchísimo cuando la gente dice «En casa estuvo trabajando una chica de por allá», como si estuviéramos en el fin del mundo; o «Han abierto un bar donde se junta ese tipo de gente», «Seguro que traen lío»... Y están hablando de nosotros, de los latinoamericanos, pero bien que nos buscan para trabajar cuando quieren pagar menos.

Sobre las marroquíes dicen «Ay, esas moras, con esos pañuelos y todo ese traperío que llevan encima’. A menudo hacen ese tipo de comentarios delante de mí porque no saben que soy extranjera. ¡Para qué hablar de lo que dicen de las rumanas! Y de las negras, que son todas putas: «Una negrita le quitó el marido a no sé quién».

Estar en la Asociación Las Golondrinas me ha permitido conocer muchas historias a las que no habría tenido acceso de otra manera, hacer amigas, compartir vivencias y, sobre todo, aprender las unas de las otras, de cocina y de nuestras respectivas culturas.

Cuando llegué a España, en 2004, había bastante trabajo que pocos españoles querían hacer: empleada doméstica, ayudante de cocina, cuidadora

de personas mayores... Mi primer empleo aquí fue de ayudante de cocina y, por supuesto, nunca me quisieron asegurar. Ganaba 450 euros al mes y trabajaba desde las once de la mañana hasta que se cerraba por la noche, con un parón de tres horas por la tarde. Sabía que me estaban explotando, pero necesitaba dinero, por poco que fuese. Y eso que yo di con buena gente, porque conozco a chicas que han trabajado como limpiadoras o cocineras, todo a cambio sólo de la vivienda.

El peor trabajo es el de las internas. La tarifa media que se está pagando es de unos 5 euros la hora. Hay muchísimas que no tienen ni un día libre a la semana o, de repente, el que la familia le diga en el último momento, impidiéndoles así programar su jornada de descanso.

La limpieza del hogar se llegó a pagar hasta a doce euros la hora, pero ahora sé de casos en los que las chicas sólo cobran cinco. De todas formas, no me sorprende porque hace poco me llamaron para un trabajo de acompañante de niños y niñas en un bus escolar y pagaba 210 euros al mes por tres horas al día, es decir, 60 horas al mes. Estamos hablando de 3,5 euros la hora.

Pero de todas estas penurias no se suelen enterar en nuestros países. Piensan que aquí todo es fácil porque ganamos en euros, pero como digo yo, también pagamos en euros. También ocurre que muchos inmigrantes no cuentan lo mal que la están pasando acá. Hay una cosa obvia: trabajando normalmente no puedes ahorrar para retornar y comprarte una propiedad.

Hay amigas a las que les tengo que decir que hagan el favor de explicarles a sus familias que no les pueden enviar dinero, mujeres que limpian casas desde la madrugada y que se matan para que sus nietos tengan allá el móvil de última generación. Y ellas, con una chatarra. Tenemos que contarles que la situación en España es muy mala.

Y luego está que la mayor parte de las inmigrantes que han tenido hijos acá, como quieren que sean aceptados como asturianos, hacen unos sacrificios enormes para que tengan igual o más que cualquiera de aquí.

España muy pronto va a estar mestizada. Lo quieran o no, en breve va a haber asturianos y asturianas de todos los colores y orígenes étnicos.

Cuando estás fuera de tu país tienes la sensación de que te falta algo, de que estás hueca, no tienes ni la alegría ni el ánimo que tenías antes de venir. Te sentís desanimada, haces todas las cosas por inercia, no sentís nada. Y a mí me afecta aún más la denigración que sufren otras mujeres. Me pregunto cómo se puede tener esa insensibilidad hacia los demás. Si supieran cómo se siente uno, todo lo que hay que pasar para llegar un país extraño, el sufrimiento de estar lejos de la familia, de no poder estar cuando fallece un ser querido. La gente cree que venimos a hacer la Europa, cuando la mayoría estamos viviendo igual o peor que en nuestro propio país. Lo que llevo peor es la falta de memoria de los españoles, que no recuerden a todos aquellos antepasados que emigraron buscando un futuro mejor en países como Uruguay o la Argentina y que no fueron tan discriminados como lo somos ahora nosotros aquí.

Casi todos los inmigrantes hacemos lo mismo: ahorrar para volver cada dos o tres años a nuestro país. Es como tomar aire para poder seguir resistiendo la nostalgia. Cuando voy a visitar a mi familia, estamos en la mesa y va llegando gente. Empezamos con una caja de galletas y cuando te quieres dar cuenta, hay como quince personas comiendo lo que se va preparando sobre la marcha. No importa qué se come, se trata de compartir vivencias y recuerdos.

Por el contrario, aquí mucha gente tiene unas casas muy bien arregladas, con todas las comodidades, cortinas y alfombras combinadas por colores, pero nadie invita a su casa. A mí no me gusta que el lugar de encuentro sean siempre los bares, donde no puedes conversar bien por el ruido, donde cuando aún no te has acabado una cerveza, ya quieren cambiar a otro.

Y, sin embargo, también nos encontramos con que cuando vamos a nuestros países, ya no somos los que salimos de allí, es como que la vida se

paraliza. Hay una canción que lo explica, 'No soy de aquí ni soy de allá, no tengo identidad...'. Es cierto porque cuando volvés te encontrás también vacía. La gente que se quedó siguió haciendo su vida sin vos. Estás en su recuerdo, pero no existís más que en el recuerdo. Mi marido se quiere volver ahora que se ha jubilado y yo le digo que para qué. Tiene en la memoria cómo era él y su vida cuando partió, pero ya nada está en su lugar.

Él era muy sociable allá, pero acá ha trabajado como vigilante de seguridad privada, siempre solo y de noche. No hablaba con nadie, no tiene amigos, sólo compañeros.

Notamos que vamos envejeciendo, tanto por fuera como por dentro, porque este ritmo de vida que llevamos aquí tan alocado de trabajar, trabajar, trabajar, te va quitando las ganas de hacer cosas. Vemos que se nos está pasando la vida sin poder disfrutar nada. Una de las cosas de las que me arrepiento es de haber comprado esta casa, que adoro, por todo lo que hemos trabajado para repararla. En su momento parecía lo ideal comprar algo para que fuese nuestro, pero es del banco y mientras tengamos la hipoteca vamos a estar ahogados.

Después de todo lo vivido –marchar de Uruguay, hacer una vida y desmontarla en Argentina, rehacerla aquí– yo quería llegar a un momento de estabilidad en el que me pudiera relajar. Y me encuentro con que a mis cincuenta y siete años no he relajado un sólo día, que tengo que seguir en esta lucha constante de estar peleándola diariamente. ¿Hasta cuándo? Por eso, cuando mi marido me dice que nos volvamos, yo le digo que no, otra vez no. Me encantaría volver, pero otra vez vender todo, empezar de cero, armar una casa y volver a desmembrarnos –hijos y nietos aquí, nosotros allá.... Me niego a pasar otra vez por todo aquello que hizo que mi papá cambiara, que yo cambiara. Él nos enseñó que lo único que vale en la vida es la palabra dada, ése es el mejor documento firmado que existe. Y que teníamos que ser honestos y dormir todas las noches tranquilos sin deberle nada a nadie.

Él no le debía nada a nadie, logró establecer una vida que parecía que iba a ser la definitiva y se viene la dictadura uruguaya. Nos vamos a la Argentina y se viene otra dictadura.

Después de trabajar muchísimo compró un terreno y edificó su casa de a poco. Mi madre, que nunca antes había trabajado fuera de casa, buscó un empleo porque quería tener su casa y disfrutarla con la familia. Pero apenas pudo verla terminada porque falleció a los 51 años. Después llegó la crisis del famoso corralito y nos vinimos a España, yo –como mi madre– con la ilusión de armar mi propia casa. Y como no quiero repetir más la historia, le digo a mi marido que ya sólo quiero disfrutar algo de la vida en paz.

Yo ya armé la última casa. Ésta.

Gladys, 2018

«En la mayoría del trabajo del hogar no hay contrato por escrito y te pagan lo que les da la gana. La Ley de Extranjería nos mantiene en la marginación y en la invisibilidad. No somos delincuentes, somos trabajadoras».

NORMA FALCONI

Sindicato de Mujeres Trabajadoras del Hogar y del Cuidado Sindillar/ Sindihogar

Ver el vídeo:

Manifestación Papeles para todos y todas #Personasquesemueven

<https://www.youtube.com/watch?v=zGp0ymS7vKs>



PARA PROFUNDIZAR EN LAS DISCRIMINACIONES QUE SUFREN LAS MUJERES MIGRANTES POR RAZÓN DE GÉNERO

Mira este vídeo Mujeres que se mueven:

https://www.youtube.com/watch?v=3H9F_QRkqGg&t=3s

Sabías...

¿Que, según diversos estudios, el 75% de las mujeres migrantes residentes en España están sobrecualificadas para el trabajo que realizan, frente al 31% de las españolas? Entonces, **¿por qué existe el rumor de que las migrantes no tienen formación y son incultas?**

Stoprumores.com te explica las causas

<http://stoprumores.com/formacion/>

¿Que las mujeres migrantes sufren más acoso y violencia sexual que las autóctonas y de manera mucho más invisibilizada?

Lee este artículo de La Marea para entender algunas claves:

<https://www.lamarea.com/2017/11/21/la-violencia-sexual-racismo-clasismo-seguimos-sin-querer-ver/>

¿Que la asimilación no es sinónimo de integración y que más que de integración deberíamos hablar y aspirar a sociedad interculturales?

Te explican el porqué:

Bushra Chouni, técnica de intervención y mediadora cultural en Médicos del Mundo Almería.

<https://www.youtube.com/watch?v=WPBF4kIGFp8>

Nabil Sayed Ahmad Beirutí, psiquiatra especializado en migraciones:

<https://www.youtube.com/watch?v=pDx7XwNUYKs>

Y yo, ¿qué puedo hacer?

Propón medidas, acciones y políticas dirigidas a erradicar esta problemática.



VICKY Y EL DERECHO A MIGRAR

Vivo en el mismo piso desde 2008. El casero es muy bueno, nos lo alquiló cuando aún no teníamos papeles. Yo también me he comportado porque nunca he dejado de pagarle un mes. Primero, la casa y la luz, aunque me muera de hambre. De hecho, hubo un tiempo en el que, muchos días, mi hijo y yo comíamos pan y agua con azúcar. Ahora estamos mejor porque tengo una ayuda para el alquiler.

Llegué a España en 2006. Mi hermana ya vivía en Asturias y me dijo que si quería venir. Le contesté que claro, ¿quién no quiere viajar? Si hubiera sabido lo mal que iba a pasarlo... La vida es riesgo, si no te arriesgas no irás a ningún lado. ¿Tenía que nacer y morir en Guinea Ecuatorial? No, hay que salir y conocer otros lugares. De hecho, si me tocara la lotería querría viajar más.

Tenía diecinueve años cuando vine. Fue en avión, no en patera como muchos creen. Guinea Ecuatorial fue una colonia española, por lo que nos dan visados. Mi novio desde la infancia vino poco después e iniciamos un proyecto de vida conjunto. Tuvimos un hijo, pero llegó la crisis y él se volvió a nuestro país para trabajar. Yo me quedé para cumplir el plazo de tres años residiendo aquí y poder empezar así a gestionar el permiso de residencia. La vida sin papeles es muy dura porque te pueden deportar en cualquier momento. Cuando lo conseguí viajamos a Guinea para verle y él ya vivía con otra mujer. Nos dio la espalda.

Así que nos volvimos mi niño y yo. Tuve que hacer de todo para sobrevivir, pero si no soy fuerte, ¿qué va a ser de mi hijo?

La gente aquí me ha tratado muy bien. Tengo dos amigas españolas que me han ayudado y me siguen ayudando a salir adelante. A una de ellas la

conocí en Cáritas. La escuché preguntando por una mujer para limpiar en su casa. Me acerqué y le pregunté si le importaba que fuese negra. Me dijo que para nada. Así fue como empecé a trabajar con ella. Un día, tuve que llevar conmigo a mi bebé. Ella preparó una cama para él. En un momento dado, estaba pasando la aspiradora y lo veo jugando a sus siete meses con su nieta. Yo los miraba... Sí, la felicidad sólo se queda unos segundos, unos minutos, y se va.

Pero esos segundos... Su marido murió y esa pérdida fue un golpe terrible para mí. No es fácil encontrar una familia que te cuide así.

Cuando supero un problema sé que otro vendrá, pero la vida es así. Claro que te sientes mal por lo que estás pasando, pero hay que ser fuerte, ignorar muchas críticas y palabras porque si se te meten en la cabeza te van a destruir. Nadie sabe por lo que estás pasando. Así que sonrío y sigue. Yo no le cuento a mi familia mis problemas, ¿para qué?

Algunas tardes voy con mis dos amigas y con mi hijo al centro comercial Calatrava porque allí se está muy calentito. En mi casa hace un frío terrible. Pero yo abrigo mucho a mi niño y lo tapo muy bien. Cuando está estudiando pongo la estufa un ratito junto a él y cuando termina, nos juntamos en el sofá o en la cama y nos cubrimos con mantas. Pero estamos bien.

Ahora estoy haciendo un curso de informática para no estar sin hacer nada en casa.

Cuando salí de mi país tenía claro que en algún momento volvería. Y lo sigo pensando porque tengo allí a mis padres, a mis hermanos, a mis amigas de la infancia. Claro que aquí puedo llevar a mi hijo al médico si enferma, es un lugar muy seguro, pero me falta mi gente, mi cultura, nuestra comida. Pero cuando estoy allí, también soy una extranjera, una asturiana.

Pero el que realmente es asturiano es mi hijo, que tiene ya ocho años. Se lleva muy bien con sus compañeros y hasta el momento nunca me ha dicho que le hayan dicho nada por ser negro. Todo lo contrario, se lleva muy bien con sus compañeros. Sólo un día, cuando era muy pequeño, me

preguntó si un amigo suyo era blanco porque sus padres habían bebido sangre blanca para engendrarlo y nosotros sangre negra. Me hizo mucha gracia cómo él había buscado su propia explicación.

A las personas que desean migrar les digo que lo hagan, que no se arrepientan de haber salido de su país, y que si pueden, que lo repitan las veces que quieran porque no es nada malo, son etapas de la vida.

Y la vida, aquí o allá,
nunca va a ser fácil.

Vicky, 2018

«Un prejuicio consiste en tener una opinión o idea acerca de un miembro de un grupo sin realmente conocer al individuo»

Manual práctico para reconocer y actuar frente a discursos y delitos de odio, SOS Racismo e Instituto de Derechos Humanos de Catalunya (IDHC)



SOS Racisme Catalunya e Instituto de Derechos Humanos de Catalunya (IDHC)

PARA PROFUNDIZAR EN LAS DISCRIMINACIONES QUE SUFREN LAS PERSONAS NEGRAS EN ESPAÑA

Mira este vídeo de El País «Soy español y soy negro»

https://elpais.com/elpais/2017/01/02/videos/1483375090_149359.html

Sabías...

¿Que en España ha habido personas negras desde, al menos, el siglo XIV?

Lee este reportaje para conocer la huella que dejaron en nuestra cultura

https://elpais.com/cultura/2016/09/29/actualidad/1475145150_732138.html

¿Que España es una de las pocas potencias esclavistas que no ha pedido perdón oficialmente por su responsabilidad histórica en el tráfico de personas?

Lee estos artículos en los que se explica por qué es urgente que España reconozca este genocidio y cumpla así con una deuda histórica:

https://elpais.com/diario/2007/03/27/opinion/1174946405_850215.html

http://www.elmundo.com/porta/opinion/columnistas/espania_se_lucra_del_esclavismo.php#.Wo_5PRPOVE4

¿Cuáles son las discriminaciones que siguen sufriendo las personas españolas negras en España?

En este vídeo, la periodista y escritora Lucía Mbomío te lo explica:

<https://www.youtube.com/watch?v=vNboKBipnM>

¿Por qué Silvia Albert escribió y protagoniza la obra de teatro No es país para negras?

En esta entrevista te lo explica ella misma:

<http://www.ibe.tv/es/canal/nci/5314/'No-es-pa%C3%ADs-para-negras'.htm>

Y yo, ¿qué puedo hacer?

Propón medidas, acciones y políticas dirigidas a erradicar esta problemática.



HANANE, EL CUERPO EN EL QUE SE ESTRELLA LA ISLAMOFOBIA

Es raro el día que alguien no me mira mal, que no escupe a mi paso, que no me insulta, que no me dice ‘mora’, que no se abanica cuando me ve con el pañuelo y dicen «qué calor»; o que no dudan si cruzar el paso de peatones cuando se dan cuenta de que quien conduce soy yo. Ahora ya no me hiere tanto, de hecho, hace que me sienta mejor persona que ellos. Eso cuando voy sola. Cuando me acompañan mis hijas, sí que me hace daño.

El día que llegué al aeropuerto de Madrid en 2006, recién casada con mi marido en Marruecos, nos dimos cuenta de que incomodábamos, de que mi pañuelo incomodaba. Mi marido me pidió que me lo quitara. Me indigné. Le dije que si me iba a dar órdenes me volvía en ese mismo instante a mi país. Me respondió que no, que era mi decisión. Las miradas recelosas continuaban. Fui al baño. Me lo quité por decisión propia.

De repente, me vi casada y en un país al que yo no quería venir. Mis padres habían concertado el matrimonio. Eran tiempos de Hassan II, antes de que llegase el nuevo rey y se relajasen las costumbres. A mis hermanas ya no les han elegido sus maridos. De todas formas, cuando me lo presentaron, me gustó. Yo quería ser libre y él era un hombre abierto. Además, mi padre, que había vivido en varios países europeos y que tiene una mentalidad más moderna, acordó que primero nos conociéramos y que la boda se celebraría cuando consiguiéramos los papeles para venir. Eso ocurrió ocho meses después.

Mi marido había venido a España él sólo cuando tenía apenas 13 años. Fueron sus padres, vecinos en Tánger, quienes llegada la edad de casarse, contactaron con mi familia para proponerles la boda. Pero él, en la práctica,

ya era español. Hablaba mal árabe y yo no hablaba castellano. Así que me encontré aquí, en Asturias, sola, sin entender nada, forzada a ser inmigrante en un país donde lo que se consideraba positivo en Marruecos, aquí era negativo. Y viceversa. De repente, no sabía quién era yo, ni quién debía ser.

Él pasó su adolescencia en un centro de menores, donde se formó como carpintero. Es muy trabajador, así que ahorró y ahorró hasta que compró un piso en un pueblo. Ahí fue donde empezamos a vivir.

Pronto me di cuenta de que no iba a ser fácil tener amigos españoles. Así que, para no quedarme sola, busqué a marroquíes en el pueblo donde vivíamos. Pero eran más cerrados que nosotros. En Tánger llevamos una vida de estilo europeo. Es una ciudad donde hay gente de todas partes, extranjeros, judíos... Pero las mujeres que conocí aquí empezaron a decirme que tenía que vestir con ropa más ancha, ponerme el pañuelo, que no podía ir con mi marido a los bares a ver el fútbol los fines de semana... Por seguir haciéndolo, me llamaban 'mujer fresca' y me hicieron el vacío.

Un día fui a un curso de español y unas marroquíes dijeron que tenían que separarnos por sexos con una mampara. Pasé tanta vergüenza. ¡Era ridículo, era volver atrás, yo no había vivido eso en mi país! Nos distanciamos, empezamos a ir a bares lejanos para poder seguir viendo el fútbol juntos, volví a vestir como ahora, con vaqueros, sudaderas...

Me quedé embarazada de mi primera hija, pero llegó la crisis y mi marido perdió su trabajo. Nos desahuciaron. Perdimos los 50.000 euros que él ya había pagado por la vivienda, lo perdimos todo. Y después de que hubiera estado cotizando durante quince años, cuando se quedó desempleado nos dijeron en el médico que teníamos que pagar por los medicamentos para nuestra niña.

Nos costó mucho conseguir un piso en alquiler. Cuando mi marido llamaba por teléfono, como tiene acento español, le decían que claro, que

fuese a verlo. Pero cuando llegábamos y veían que éramos marroquíes, nos ponían todo tipo de excusas para justificar su repentino cambio de opinión. Y eso que yo no me ponía el pañuelo. Ahora es más habitual encontrarse con mujeres con el pelo cubierto, pero cuando yo llegué a Oviedo, no veía a ninguna.

Me he sentido como una cabra rodeada de leones. Mientras no tuvieran hambre, no me comerían. Pero, en cuanto les entrara apetito...

Quiero contar mi historia para ver si así, intentando contármela a mí misma, consigo entender por qué, teniendo todo lo necesario para ser feliz –mis dos queridas hijas, un buen marido, una casa, una buena vida– me siento muerta desde que llegué aquí. Es verdad, desde que llegué a España me siento muerta, aunque cada día actúe como si siguiese viva: me levanto, cuido a mis hijas, las llevo al colegio, trabajo, las recojo... Pero es como si estuviese en un nido, un nido de oro, pero un nido que no es el mío. Desde que me puse el vestido blanco y salí de mi casa con mi padre del brazo, la alegría desapareció. Estoy bien, pero la chispa esa que es más que la felicidad, ya no la tengo. Sólo quiero recuperar ese sentimiento. Pero para tener esa chispa necesitas tener gente que te dé ese algo especial que te hace sentir así. Tú sola no puedes celebrar una fiesta, aunque tengas un hotel de cinco estrellas.

Cuando cada día que coges el autobús, hay gente que se levanta del asiento de al lado de malas maneras, que te insulta o te mira mal, aunque no quieras escucharlos, aunque te hagas la sorda y actúes como que la vida es bella, aunque te digas que quienes tienen el problema son ellos y no tú, terminas cansándote y sintiendo que no sirves para nada. Pierdes mucha energía, dicen que tienes que luchar, que ser fuerte, pero al final la que pierde la energía soy yo.

Terminas por aceptar esa vida, por vivir la vida mal a gusto. Hagas lo que hagas, te hacen sentirte la extranjera, que no eres parte de ellos. Y cuando he contestado a sus insultos, me he sentido peor porque me he

rebajado a su nivel. Eso es lo que más daño me hace. Hay quien dice que tenemos que defendernos, pero ¿por qué voy a tener que defenderme? No voy a ganar nada y no quiero pelear con nadie.

Y todo porque llevo pañuelo, o porque soy marroquí, o porque ser marroquí es sinónimo de ser musulmán, o porque ser musulmán lo entienden como ser terrorista.

Estas Navidades fui a comprar a una frutería. Cuando llegué deseé unas felices fiestas, como todo el mundo, pero a mí no me contestaron. Cuando llegó mi turno, le pedí al dependiente uvas de las que valían tres euros el kilo, señalándole la caja, porque eran las buenas. Él me dijo que mejor me llevaba las de un euro, y le dije que no, que yo quería las de tres euros. Cogió de mala gana uvas de una caja de debajo del mostrador y, en cuanto crucé la puerta, escuché cómo le decía a su hija «¿Viste?, quería darle uvas de un euro y al final se las ha llevado pagando tres».

Sentí que las piernas se me volvían de mantequilla. Me puse tan mal que estuve pensando todo el mediodía qué hacer. Volví a las cinco. «Ella es la que te conté al mediodía», le dijo la hija a la madre. Ya no estaba el padre. Antes de que pudiese decir nada, la madre empezó a decir «Mira a ver lo que dices porque la cámara lo está grabando todo y llamamos inmediatamente a la policía». «No te podemos devolver el dinero», gritó la hija. Les devolví las uvas, «Os las regalo, por Navidad», les dije. Y cuando me marchaba la mujer mayor me gritó de todo, que yo no era una buena musulmana porque las musulmanas no se quejan, que me fuera a mi país...

Un día, mi hija Sara llegó a casa con una invitación para el cumpleaños de su mejor amiga. Era en un parque infantil dentro de un centro comercial. Me pareció raro porque no suelen invitarla, pero insistió en que quería ir, así que compramos el regalo y fuimos. Cuando llegué me di cuenta de que la madre no sabía que yo era marroquí. Me miró de arriba abajo contrariada y le dijo algo a su hija. Era obvio que la estaba reprendiendo por

haber invitado a mi hija. Al contrario que al resto de padres y madres, ni me saludó ni me a mí ofreció café ni nada.

Cuando llegó el cumpleaños de mi hija, como no tenemos dinero para hacer ese tipo de celebraciones, le dije que podía invitar a diez amigos a la merienda que haría en casa. Obviamente una de las invitaciones que escribió era para su mejor amiga. Al día siguiente de que se la entregase, le dijo que se la tenía que devolver por orden de su madre. Podía haber puesto cualquier excusa, pero no. Quiso dejar claro su rechazo.

Mis hijas, a veces, me dicen que no me entienden. Ellas nacieron aquí, son asturianas, y me dicen que yo no hablo bien. A mí lo que me gustaría es que las trataran como asturianas, pero no, siempre serán *las marroquinas*. Un día, llegué tarde a recogerlas. Siempre salen del colegio a las cuatro de la tarde y no me avisaron de que saldrían una hora antes por el horario de verano que ponen en junio. Cuando llegué, la responsable del comedor estaba con el móvil en la mano y empezó a gritarme que si no sabía cuidarlas como se cuidaba aquí de los niños, la próxima vez llamaría a la policía para que me las quitasen. Me quedé paralizada, no entendía nada; nunca había llegado tarde. Entonces me di cuenta de por qué era.

Cuando eres migrante terminas siendo de ningún sitio. Durante el primer año, mi suegra pretendía controlarlo todo a más de mil kilómetros de distancia. Daba instrucciones a mi marido por teléfono para controlar cada parcela de nuestra vida. De viaje en Marruecos y ya embarazada, mi suegro me dijo que tenía que parir a mi hija en su casa y dejársela para un hijo suyo que no podía tener descendencia. No tienen formación y piensan que ese tipo de cosas se pueden seguir haciendo. Así que me fui a casa de mis padres con la idea de separarme y quedarme ahí con ellos. Entonces mi hermana me preguntó «¿para qué vienes?». Pero no estaba hablando de nuestra casa familiar, hablaba de Marruecos, como si yo ya no perteneciese allí, como si ya no fuese ese mi país. Me di cuenta de que ya no

era de allí, pero tampoco lo era de aquí. Mi madre la apoyó y yo sentí que mataban mis sentimientos. Mi padre insistía en que me podía quedar, que me había criado y mantenido toda la vida y que lo seguiría haciendo. Pero yo no quería vivir rodeada de gente que no me quería entre ellos.

Me había pasado un año con la vida suspendida, rememorando los momentos hermosos que había compartido con mi familia. Los negativos es como si los borrases de la memoria. Así que cuando por fin llegó el momento de verles, les compré regalos, cosas que ni siquiera yo tenía, con el dinero que me iba dando mi marido y que yo iba ahorrando. Pero ellos habían seguido con su vida normal, había sido yo la que me había quedado suspendida.

Así que, sola, cogí un avión de vuelta a Asturias. Le había dicho a mi marido que nos separábamos, así que él se quedó allí unos meses. Embarazada, sin trabajo y sola llegué aquí. Afortunadamente tenía una amiga española que me acogió en su casa y me ayudó hasta que volvió mi marido. También estuve en una casa de acogida. Ahí fue donde aprendí qué es el maltrato y que alguien te fuerce a hacer cosas. Me obligaban a comer en los horarios que tenía que hacer ayuno por el Ramadán. No nos dejaban salir de nuestra habitación a partir de las nueve de la noche y me mandaban ir a unos cursos en español ;cuando yo no lo hablaba aún! Había empleadas majísimas, pero otras nos amenazaban con que si no obedecíamos, no íbamos a tener derecho a la vivienda a la que derivan tras el centro. Yo nunca fui sumisa, y lo que tuve claro desde que entré en la casa de acogida era que quería volver con mi marido.

No soy creyente al cien por cien, pero me gusta mi cultura. Me pongo el pañuelo porque se lo ponían mi abuela, mis tías. Es parte de mi cultura y no quiero renunciar a ella. Las ideas y las buenas personas están en el cuerpo, no en la ropa. ¿Por qué, entonces, molesta tanto? A veces me lo he quitado por agotamiento, pero ¿cuál es la diferencia entre quienes te obligan a ponértelo y quienes te obligan a quitártelo? A mí nadie me obliga a ponérmelo, es un estilo, como el de la Belle Époque, el rapero o llevar chándal.

Ha habido empresas y casas en las que he limpiado que me han permitido llevarlo, y otras en las que no. Pero, a los que tanto les molesta, si buscan en su historia, verán que sus abuela o bisabuelas también lo llevaban.

Yo antes era más cariñosa, amable y paciente. Ahora me siento más nerviosa, irascible... Cuando era niña, siempre iba enganchada a mi padre. Hacía cosas que allí se consideraban de hombres, pero a él le gustaba que fuese así. Me llevaba a cafeterías donde no iban mujeres, me dejaba al cuidado de la tienda de ultramarinos que tenía, me dejaba arrancar su camión y me llevaba sobre sus piernas mientras conducía... En Marruecos yo era más valiente, tenía más carácter. Pero cuando llegué aquí, como tenemos mala fama, me volví sumisa para no responder a esos clichés. Ahora estoy intentado recuperar mi personalidad.

Me gustaría que mis hijas fuesen tratadas como personas sin más. Son muy buenas estudiantes. La pequeña quiere ser actriz y la mayor pediatra.

Quiero que mis hijas sean
felices y libres.

Hanane, 2018

«La islamofobia es uno de los principales delitos de odio en España. Durante el año 2016 se produjeron un total de 573 agresiones de carácter islamóforo, lo que supone un aumento del 106% respecto al año 2015 (...) El mayor número de las agresiones que se han producido van dirigidas contra las mujeres».

Islamofobia: hostilidad, rechazo y discriminación,
SOS Racismo

Mira este vídeo de SOS Racismo:

https://www.youtube.com/watch?time_continue=4&v=NGPPQ6qq7wk



PARA PROFUNDIZAR EN LA ISLAMOFOBIA

Sabías...

¿Que las agresiones contra las personas árabes y/o musulmanas aumentan cuando tienen lugar atentados terroristas, supuestamente, islamistas? Decimos ‘supuestamente’ porque muchos de los atentados terroristas que tienen lugar son identificados inicialmente como islamistas en los medios de comunicación y cuando se demuestra que fueron cometidos por personas con ideología fascista, supremacista blanca o, simplemente, con problemas de salud mental, no se recoge o, si se hace, se le dedica mucho menos espacio y tiempo.

Lee este reportaje de El Confidencial sobre los atentados y delitos de odio que sufre la población árabe y/o musulmana en Europa:

https://www.elconfidencial.com/mundo/2017-06-24/oleada-ataques-violencia-musulmanes-refugiados-europa-terrorismo_1402593/

¿Todas las implicaciones que puede acarrear que muchas empresas y personas no contraten a mujeres simplemente porque visten velo?

Ver el vídeo Es islamofobia, es real del Ayuntamiento de Barcelona:

<https://youtu.be/aC8EuXChMIM>

¿Que, según un estudio de 2016 del instituto demoscópico Ipsos Mori, la sociedad española sobreestima la población total de musulmanes en España, pensando que son el 14% cuando no son más que el 4%? La razón fundamental es la sobrerrepresentación en los medios de este colectivo asociándolo a cuestiones como los atentados terroristas o las migraciones.

Ve este vídeo en el que Míriam Hatibi, consultora de comunicación, analiza la islamofobia en la televisión, el cine, discursos públicos, redes sociales...

<https://www.youtube.com/watch?v=c6STPAISbMw>

Y yo, ¿qué puedo hacer?

Propón medidas, acciones y políticas dirigidas a erradicar esta problemática.

DANIELA, OBLIGADA A VIVIR EN LA ILEGALIDAD



Hicimos exactamente lo que nos dijeron en la Embajada española en Bolivia. Y es por eso precisamente por lo que estoy aquí ilegalmente. Estoy casada con un español, pero no me dan el permiso de residencia porque él no tiene un contrato fijo. Y no me pueden deportar porque estoy casada con un español. En ese bucle llevamos un año y medio, desde que vinimos para que yo estudiara el MIR.

Mi marido es descendiente de españoles, por lo que además de la boliviana, tiene también la nacionalidad española. Pero él no encuentra trabajo –es diseñador gráfico, aunque busca cualquier empleo– y a mí no me permiten estudiar porque estoy sin papeles. Y no parece que nadie me sepa decir cómo salir de este limbo jurídico.

Es muy curioso porque cuando él va a una entrevista de trabajo y escuchan su acento, es como si considerasen que perdiese profesionalidad. Y para mí, lo único que hay son tareas de cuidado de personas mayores o de limpieza. Y no tengo inconveniente, lo estoy haciendo. El problema es que son siempre trabajos sin contrato, y sin contrato no puedo acceder a regularizar los papeles, que es lo que necesito para poder completar mis estudios en Medicina. Es la pescadilla que se muerde la cola.

Son las ironías del llamado *primer mundo*: te piden legalidad y te obligan a vivir en la ilegalidad mediante sus trabas burocráticas regidas por el racismo y el clasismo. El problema está en que menosprecian al diferente.

Es increíble como aquí hay gente que piensa que prácticamente somos unos salvajes, que venimos de vivir en tribus. Les falta preguntarnos si en Latinoamérica viajamos en lianas. A mí me suelen decir que no parezco boliviana porque no encajo en la imagen que tienen de nosotros. Por otro

lado es muy gracioso ver cómo alguna gente trata a todos aquellos que no somos europeos como si fuésemos imbéciles o analfabetos. Dan por sentado que ellos, por el simple hecho de haber nacido aquí ya son mucho más cultos y civilizados, cuando quizás nunca tuvieron interés por estudiar o aprender cosas nuevas.

Nos ha pasado en varias ocasiones que hemos visto a una anciana cargada de bolsas y nos hemos acercado para preguntarle si podíamos ayudarle en algo, como es lo habitual en nuestro país. Como respuesta hemos obtenido asombro, porque acá muchos jóvenes pasan olímpicamente de ellos, o miedo porque pensaban que les íbamos a pedir dinero o a robarle.

Hemos tenido la oportunidad de estar en contacto con bastantes chavales y nos resulta ridículo ver cómo algunos de ellos son quienes mandan en sus casas y en el colegio. Hay una parte de los jóvenes que lo tienen todo tan fácil y a su libre disposición que no necesitan ni pensar. En lo único en lo que gastan el tiempo es con el móvil y en botellones. ¿En qué cabeza cabe dejar a su libre albedrío a ‘un proyecto de persona’ que está en proceso de aprendizaje? Es por este tipo de incoherencias por lo que ya no existe ningún tipo de autoridad respetable ni respetada.

Hemos ido a todas las organizaciones dedicadas a ayudar a las personas migrantes o en riesgo de exclusión social. Y en todas nos han dicho ‘justo en tu caso, no podemos ayudarte’. En una me dijeron que lo que tenía que hacer era casarme con un español y cuando les dije que ya estaba casada con uno, me recomendaron que tuviera hijos porque así podría acceder a una ayuda. Es de locos, no tenemos dónde caernos muertos y ¡nos recomiendan tener hijos!... Me pareció una broma de mal gusto ya que, por lógica, si dos personas no tienen los recursos necesarios para mantenerse, tres menos aún.

Mientras consigo los papeles para poder estudiar el MIR, estoy cuidando a un señor mayor por las mañanas y dando clases particulares por las tardes.

Lo bueno de la experiencia de migrar ha sido conocer a personas muy majas, disfrutar de la sensación de seguridad de poder caminar por las

calles hasta bien tarde y entrar en contacto con organizaciones sociales en las que personas voluntarias colaboran con las menos favorecidas.

Aquí de hambre o frío uno no se muere
y eso es un cambio fundamental
con respecto a los países empobrecidos.

Daniela, 2018

«La ley funciona así como una espada de Damocles, y su función no es la de expulsar al inmigrante que ha entrado de forma clandestina, sino recordarle constantemente la precariedad de su situación, lo que se supone garantiza su sumisión al orden económico y social. La puesta en escena del paso organizado «clandestinamente» por vías evidentemente bien conocidas por la policía constituye una especie de prueba, un aprendizaje del consentimiento de la dominación: la aplicación de la Ordenanza de 1945 durante este período se resume en un conjunto de dificultades destinadas a anular los vanos deseos del extranjero de erigirse en ciudadano».

ALAIN MORICE

Las luchas de los sin papeles y la extensión de la ciudadanía

PARA PROFUNDIZAR EN LA VULNERACIÓN DE DERECHOS QUE SUFREN LAS PERSONAS EN SITUACIÓN ADMINISTRATIVA REGULAR

Ver el vídeo Arona Ndoiyé, la lúcida apuesta por la educación

<https://www.youtube.com/watch?v=l4Y6k3wZGVA&t=16s>

¿Sabías...

Que las personas que llegan a España procedente de países empobrecidos tienen que esperar tres años para poder empezar a regularizar su situación administrativa. Pero que, **las personas extranjeras que compren una vivienda de más de 500.000 euros o inviertan más de dos millones de euros en un deuda pública adquirirán inmediatamente el permiso de residencia?**

Lee esta entrevista a Eduardo Romero, investigador sobre las políticas de extranjería:

<http://periodismohumano.com/culturas/%C2%BFpor-que-se-ha-permitido-la-entrada-de-cinco-millones-de-inmigrantes-en-espana.html>

Qué son los Centros de Internamiento de Emigrantes (CIE) y que uno de los jueces que mejor los conoce considera que son “centros de sufrimiento y espacios de opacidad e impunidad policial?

Lee esta entrevista a Ramiro García de Dios, juez de control hasta febrero de 2018 del CIE de Aluche (Madrid)

<https://ctxt.es/es/20171206/Politica/16554/CIE-refugiados-garcia-de-dios-archidona-asilo-CGPJ-patricia-simon-ctxt.htm>

Que las exigencias burocráticas y legislativas para acceder al permiso de residencia hacen prácticamente imposible acceder a la legalidad?

En esta entrevista del Instituto de Estudios del Mediterráneo te explican las causas que hay detrás de estas políticas

<https://www.youtube.com/watch?v=XSMiH11XIJs&t=416s>

Quiénes son los grandes beneficiarios de estas políticas de cierre de fronteras?

La investigadora Claire Rodier explica qué hay tras el ‘negocio de la xenofobia’

<http://ctxt.es/es/20150423/politica/869/Xenofobia-racismo-inmigraci%C3%B3n-clandestinos-pol%C3%ADtica-migratoria-Frontex-controles-migratorios-Claire-Rodier-Migreurop.htm>

Y yo, ¿qué puedo hacer? ¿Qué rumores o estereotipos puedo desmontar con lo que he aprendido de estas lecturas?





MERCHE Y EL PROCESO DE REENCONTRARSE CONSIGO MISMA

Llevo diez años en España y no me ha sido fácil encontrar trabajo. Lo poco que me salía era temporal y con sueldos bajos. He hecho lo que he podido porque trabajar y cuidar de mis hijos al mismo tiempo, en determinados momentos, ha sido complicado.

Desde septiembre vivo en una casa de alquiler del gobierno del Principado de Asturias que he ido amueblando en la medida de mis posibilidades económicas y que trato de mantener ordenado y agradable para el bienestar de mis hijos.

Hace un año que comencé a ir a Médicos del Mundo, donde he encontrado el apoyo que necesitaba para hacer frente al día a día. Con su apoyo me he dado cuenta de la fuerza que tengo y me está permitiendo encontrarme a mí misma, en medio de todos los cambios que la vida te va sorteando.

Mi función como madre es conseguir las mejores condiciones posibles para que mis hijos se sientan atendidos y queridos. Ser madre es pensar en las necesidades básicas para que tengan para comer, ropa que vestir y que vayan al colegio para estudiar. Ser madre es estar cerca de ellos para escucharles y apoyarles en sus necesidades e intereses. Los hijos nos tienen como modelo y eso nos obliga a adoptar conductas que ellos puedan y deban imitar. Ser madre es estar pendiente de ellos y decirles lo bien que hacen las cosas cuando así lo hacen para que sepan organizarse y estabilizarse como personas.

No es fácil estar en un país con costumbres tan distintas. Es un proceso largo donde, a veces, la espera se hace interminable y las posibilidades de poder empezar de nuevo, escasas. Es un choque cultural, nos sentimos

diferentes y es necesaria una reconstrucción. Te das cuenta de que ya no eres la misma, pero al mismo tiempo echas de menos tu país, tu tierra, esos valores que te han conformado, la familia, las amistades, tu ciudad...

Para quienes no hayan vivido una migración se la describiría como una caída libre, sin rumbo, hasta que caes en el terreno. Entonces, te plantas aquí y te das cuenta de que no todos son como tú, que vienes de una familia donde te han inculcado buenos valores. Respeto por los padres, amor hacia los hijos, honradez, verdad... Valores que conforman mi personalidad y por los que me siento muy agradecida.

A quien no haya vivido una migración
se la describiría como una caída libre,
sin rumbo, hasta que tocas terreno.

Merche, 2018

«Más allá de las culturas y de las religiones, para que la convivencia ciudadana no se rompa tiene que haber un cemento común. Y ese cemento es lo cívico, es que todos somos libres e iguales».

CARLOS GIMÉNEZ,
director científico del Proyecto de Intervención
Comunitaria Intercultural y catedrático
de Antropología de la Universidad
Autónoma de Madrid.

PARA PROFUNDIZAR EN EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE SOCIEDADES INTERCULTURALES

Mira este vídeo del Ayuntamiento de Barcelona en el que Giménez te explica qué es la ciudadanía intercultural.

<https://www.youtube.com/watch?v=QVEjZWvZvJg>

Sabías...

¿Qué es la mediación cultural?

Khadija Zaitoumi es mediadora cultural y presidenta de la Asociación de Inmigrantes de Níjar (Almería). Escucha esta entrevista sobre su trabajo:

<https://www.youtube.com/watch?v=m8olbLeFuWo>

¿Qué piensan un grupo de niños y niñas educados en la interculturalidad sobre las migraciones y la búsqueda de refugio?

Mira este vídeo de Personasquesemueven.org

<https://www.youtube.com/watch?v=EBUoy3p2WHQ>

¿Que las migraciones a nivel mundial se han triplicado desde la década de los años 60? Por tanto, no es un fenómeno nuevo. Lo importante es construir sociedades justas y accesibles para toda la población. Intermediación es una asociación que lleva una década promoviendo la interculturalidad.

Aquí podéis ver un ejemplo de su trabajo en Toledo:

<https://www.youtube.com/watch?v=D5iUr6abmWQ>

Y yo, ¿qué puedo hacer?

Propón acciones, actitudes y políticas públicas dirigidas a fomentar la conformación de sociedades interculturales.



VERÓNICA, LA LUZ DE LA INTERCULTURALIDAD



Tenía un año cuando mis padres decidieron marcharse en busca de trabajo a Bruselas. Cortaron su historia en Asturias y emprendieron un camino que les llevaría a un mundo completamente diferente y mucho más lejano de lo que podían haber imaginado.

Así me encontré yo con dos años y viviendo en la Residencia de la Embajada de Arabia Saudí en Bruselas. Un lugar aparte dentro de un país como Bélgica, una casa multicultural donde convivíamos con egipcios, iraníes, filipinos, marroquíes, libaneses, pakistaníes, sudaneses y árabes. Éramos los únicos europeos, nosotros éramos los españoles. La cultura, la procedencia, la educación, las formas de ser, la historia personal... eran parte de las variables en este micromundo donde todos trabajaban muchas, muchas horas; los que estaban internos viviendo allí como nosotros y los que no.

La embajada era un palacete con un precioso jardín ubicado en una zona residencial y tranquila a las puertas de uno de los parques más bonitos de la capital belga, Le Bois de La Cambre. En la embajada yo tenía que ser invisible, no se admitían niños y si estaban, tenía que parecer que no estuvieran. Mis salidas eran para ir al colegio público de la zona, con niños belgas y algún niño extranjero: un japonés, una vietnamita, un tunecino, un yugoslavo... Y otros adoptados por familias belgas como una niña de origen indio de mi clase. Me gustaba mucho mi colegio, los profesores eran exigentes y educados, y siempre sentí mucho afecto y apoyo en aquellos años.

En la embajada donde vivíamos mis padres y yo sólo contábamos con un día libre a la semana. Los sábados salíamos al exterior para reunirnos

con otros españoles emigrantes en Bélgica. Mis padres no tuvieron papeles hasta que España entró en la Comunidad Económica Europea y eso también determinaba o dificultaba muchas situaciones, como el alquiler de una casa o un cambio de trabajo. Pero a partir de esa fecha, 1986, los cambios fueron más fáciles, mis padres dejaron la embajada y nos fuimos al centro de Bruselas a un barrio lleno de migrantes (italianos, marroquíes, españoles, portugueses, turcos...) y mucha ebullición. Mi nuevo colegio era un Ateneo con mucha fama por su nivel educativo, pero en esa época también empecé a vivir situaciones racistas y ser consciente del odio que puede generar en las personas las diferencias culturales.

Mi preadolescencia fue un cóctel molotov de realidad en ese sentido, las bandas callejeras de jóvenes desarraigados se paseaban por mi barrio controlándonos a todos. Vivir en un lugar que te rechaza o sentir que no te vinculas a la realidad del país donde vives es una herida difícil. Las desconfianzas se despiertan con facilidad en ese terreno de cultivo, las circunstancias apresan los destinos y sin equilibrio pueden crecer los egos radicales o los sentimientos de victimismo.

Vivir entre culturas diferentes puede ser lo más maravilloso y lo más terrible, depende de cada ser humano. Pensar en cómo quieres vivir la vida fue siempre una de mis preocupaciones, por todo lo que veía desde mi lugar de observadora solitaria. Y aunque vi mucha infelicidad cerca de mí en esas relaciones, estructuras y sociedades, también vi una luz especial que me ayudó a crear mi propio universo.

Volvimos a Asturias cuando tenía 13 años, pero en cuanto cumplí los 18 me marché de nuevo para estudiar Bellas Artes. El desarraigo es un sentimiento que a veces va asociado a uno mismo más que a lo colectivo, a la gente, la tierra o el paisaje.

Tras finalizar mis estudios y realizar algunos viajes a Bélgica, aterricé en Madrid para realizar un curso de Arte y Paisaje en el Círculo de Bellas Artes, becada por la Fundación de Cultura de Siero. Busqué un alojamiento para esa estancia en Madrid y quedé con una chica que alquilaba una habitación en su casa. No me hizo falta ver mucho más allá de los ojos de Nusa: al

abrirme la puerta me di cuenta que era una familia marroquí, un auténtico matriarcado, sentí una calidez enorme en aquellos ojos. Me resultaba tan familiar y cercana que sin dudarlo me dije ya está: «Ésta es mi casa en Madrid». Y así fue...

El desarraigo es un sentimiento que a veces
va asociado a uno mismo más que a lo
colectivo, a la gente, la tierra o el paisaje.

Verónica, 2018

«En los años sesenta las tasas de paro crecían por día en España, por lo que Franco prohibió el pluriempleo y muchas personas que trabajaban en varios sitios para subsistir pasaron a ser pobres. Pero Europa necesitaba mano de obra para sus factorías y el franquismo eliminar potenciales focos de conflictividad social, es decir, mucha gente que pasaba hambre en este país.

Dos millones de personas partieron, según los registros del Régimen, la mitad de ellos sin contrato de trabajo, y el 80 % analfabetos. Muchos no sabían dónde estaba en el mapa ese lugar llamado Alemania o Suecia; se desnudaron en público por primera vez en Hendaya para un examen médico en el que se sintieron “ganado, nos miraban incluso los dientes” contaban; los que tenían menos miedo incluso llegaron a protestar, aunque nadie les entendiese, cuando llegaron a su destino y les pusieron un cartón con un número para repartirlos por las factorías».

PATRICIA SIMÓN

«La mitad de los emigrantes españoles se fueron sin contrato de trabajo»

<http://periodismohumano.com/migracion/la-mitad-de-los-emigrantes-espanoles-se-fueron-sin-contrato-de-trabajo.html>



PARA PROFUNDIZAR EN LA SITUACIÓN DE LAS PERSONAS ESPAÑOLAS QUE HAN MIGRADO

Sabías...

¿Que en los años 60 dos millones de españoles y españolas emigraron, la mitad sin contratos de trabajo y el 80% analfabetos/as?

Ve el documental El tren de la memoria (2012), sobre las condiciones de vida del más de millón y medio de personas españolas que migraron a países como Alemania, Francia o Suiza en la década de los sesenta y setenta (1' 22'')

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/el-documental/documental-tren-memoria/1797667/>

¿Que, a raíz de la crisis en España, entre 2012 y 2016 habrían migrado más de 700.000 españoles, según la investigadora del CSIC Amparo González-Ferrer? Y que, la mayoría, eran jóvenes?

Lee este reportaje sobre el libro Volveremos, de Estefanía S. Vasconcellos y Noemí López Trujillo, dedicado a este fenómeno.

<http://www.jotdown.es/2016/12/volveremos/>

¿Que las personas españolas sufrimos los mismos prejuicios y estereotipos cuando fuimos migrantes en los años 60 y 70 en países como Alemania o Francia?

Ve este vídeo «Rumores vs convivencia»

<https://www.youtube.com/watch?v=ycVZUwzSi6k>

Y yo, ¿qué puedo hacer?

Propón acciones, actitudes y políticas públicas destinadas a que no se olvide que las personas tenemos derecho a la libre circulación, pero también a quedarnos en nuestro lugar de origen.



GABRIELI O TENER QUE VOLVER A CONOCER QUIÉN ES MAMÁ

Todavía recuerdo el día en que llegué a España. Fue el once de diciembre de 2009. Era una niña de diez años que acababa de iniciar una etapa de su vida en un país nuevo, llena de ilusiones y sin sentir mucho el dolor por haber dejado a casi toda mi familia atrás, en Brasil. Aquí ‘solo’ tenía a mi madre y a mis dos hermanas: la pequeña, que nació en España y la mediana, que acababa de llegar conmigo de Brasil.

Al principio me sentía un poco hechizada por todas las cosas que veía: los bonitos edificios, las calles bien pavimentadas, los parques... Todo me parecía magnífico. En mi país vivía en un municipio pequeño, donde el caos era tan grande que ni siquiera había señales de tráfico.

Recuerdo que nada más llegar, recibí un regalo que anhelaba desde siempre: tocar la nieve. Tuve el privilegio de poder verla en mi segundo día aquí y fue una experiencia de ensueño, a pesar del frío y de mis pies empapados.

Pronto tuve que enfrentarme a lo que más me asustaba, el primer día de clase. Me daba mucho miedo porque no hablaba español, ni conocía a nadie y no sabía muy bien qué podría pasar, sobre todo, porque llegaba en mitad de curso, en el segundo trimestre. Cuando entré en el aula, todo el mundo se fijó en mí. Me sentí rara y un poco fuera de lugar. En el recreo estuve con unas niñas de mi clase que fueron bastante simpáticas conmigo. Parecía que todo fuera muy bien, pero en poco tiempo la situación fue cambiando y empecé a recibir unos mensajes muy ofensivos en el tuenti, del tipo «vete a tu país» o «aprende a hablar nuestro idioma». Ahí fue cuando sentí la discriminación ardiendo por primera vez en mi piel. No entendía muy bien por qué me pasaba eso, solo quería ser aceptada y considerada una más, pero en aquella clase no lo logré. Todo eso me hacía sentir insegura, en varias ocasiones me hizo llorar porque era la primera

vez que me pasaba algo así y no podía hacer nada para evitarlo. ¡Era tal la impotencia que sentía! Recuerdo que, una vez, en la clase de educación física, nuestro profesor nos dejó la hora libre y mis compañeros empezaron a jugar al escondite. Yo también quería jugar, pero no pude porque «era negra», esa fue la explicación que me dio uno de los niños.

Al pensar en esas cosas siento un inmenso dolor en el corazón, no por ser autocompasiva, sino porque niños de diez años hubiesen sido capaces de decir palabras como esas. De verdad espero que con el paso del tiempo hayan evolucionado y no hayan conservado esa forma de pensar.

Tras hablar con mi profesor varias veces, sin conseguir que la situación mejorase, mi madre tomó la decisión de cambiarme de colegio. No quiero decir que los profesores fueran indiferentes, pero el único que demostraba un poco de preocupación era mi tutor. Aun así, no hizo mucho por lograr cambiar el panorama. Varias veces habló con mis compañeros y hasta llegó a reunirse con los padres de algunos, pero todo continuó igual.

En mi nuevo colegio, todo se hizo nuevo. Fui tratada con mucho respeto, hice nuevos amigos y me sentí finalmente aceptada. Entonces pude ver que no había nada raro en mí y que las experiencias que había vivido anteriormente solo habían sido fruto de la influencia de unas mentes estrechas sobre unos niños porque, en realidad, el ser humano seguía teniendo virtudes y valores.

Con el paso de los años empecé a entender por qué tuve que mudarme a España y fue entonces cuando empecé a darme cuenta de la importancia que tenía mi familia y de lo mucho que la extrañaba. A partir de ahí, comencé a cuestionar asuntos que nunca me habían preocupado. Uno de los problemas que más me inquietaba era no ser capaz de entender las razones de mi madre para dejarme con mis abuelos durante cuatro años y haber desaparecido prácticamente de mi vida. Me dolía mucho porque a veces pensaba que me había abandonado y otras era capaz de entender que ella solo procuraba darme una vida mejor. Aún así, me decía a mí misma que habría preferido tener una vida humilde, que haber pasado un largo período de tiempo sintiendo la ausencia de mi madre porque, a la

larga, estar tanto tiempo sin vernos provocó que se rompiera el vínculo madre-hija. Eso provocó que cuando volví a vivir con ella, sentí que estaba empezando de cero con una persona casi desconocida. Tampoco era capaz de verla como alguien que tuviera autoridad sobre mí. Siempre le tuve respeto porque al final no había dejado de ser mi madre, pero me resultaba difícil permitir que ella tuviera que tomar decisiones por mí o decirme lo que tenía que hacer.

Hoy soy capaz de ver a mi madre como una mujer valiente, que se arriesgó y se lanzó a la aventura de llegar nueva a un país que no era el suyo, sola, sin conocer a nadie, con el único deseo de dar a sus hijas una vida mejor, más segura y una buena educación. Fue muy difícil llegar a esa conclusión y, a veces aún hoy, la cuestiono. Aun así, intento razonar y ponerme en su lugar. Me imagino que, como madre, a ella también le resultó complicado tener que irse, sabiendo que se perdería el crecimiento de sus hijas, sin embargo optó por lo que ella consideraba mejor y yo no la puedo juzgar por ello, porque todas las oportunidades que tengo hoy son gracias a ella. Mi madre renunció a sus inseguridades y a sus miedos y se atrevió a darlo todo por mí y su osadía hace que me sienta muy orgullosa de ella.

Por todo ello, en ocasiones, no logro comprender por qué los españoles valoran tan poco lo que tienen. El derecho a una educación es mucho mejor que en otros países, pero algunos lo desaprovechan pasando de todo. La salud pública es considerada una de las mejores del mundo, las medicinas salen casi gratis y los médicos son muy buenos. Recuerdo que, a veces, mis padres tenían que coger dinero prestado para poder pagar un medicamento que me calmara la tos, de tan caros que eran. Sé que la vida en este país no es fácil para muchas personas, pero en comparación con otros lugares del mundo es maravillosa.

Ahora estoy cursando el segundo año de bachillerato. Está siendo un año verdaderamente difícil: muchos exámenes, temarios largos y toda la presión que conlleva la prueba de acceso a la universidad. Lo que me sorprende es que, a pesar de no ser obligatorio, hay mucha gente en mi clase que está allí por estar. No quieren hacer nada, pero quieren aprobar las asignaturas. Me parece una actitud muy irresponsable por parte de ellos

porque están perdiendo el tiempo cuando lo podrían estar aprovechando haciendo un ciclo formativo o trabajando dado que no quieren estudiar.

Personalmente me siento bien en el instituto: tengo buenos profesores y no me va mal en las notas, también tengo buenas amigas que me apoyan y siempre están dispuestas a ayudarme si lo necesito. Cuando termine el bachillerato, me gustaría ir a la universidad. Todavía no tengo muy claro lo que voy a estudiar, pero quisiera que fuese algo relacionado con el comportamiento del ser humano como psicología o antropología cultural y social. También valoro la carrera de magisterio, que me parece muy bonita y que además me permitiría hacer una especialidad en música, mi gran pasión.

En el futuro me gustaría tener una buena vida. No espero ser rica ni nada de eso, pero sí una vida estable. Tener un buen trabajo y formar una familia. Algún día me gustaría hacer voluntariado en otro país porque siento que necesito ayudar a los demás de alguna forma y esta es sin duda la que me suena más apetecible, porque demuestra mucha entrega, aunque todo granito de arena cuenta.

Me considero privilegiada por poder vivir aquí y tener acceso a tantas oportunidades que otras personas desearían tener y no pueden. Por esa razón, con este relato donde hablo un poco sobre mi vida y mis experiencias, me gustaría animar a las personas que lo lean a que den valor a lo que tienen y que, si en algún momento de sus vidas se ven en una situación de discriminación no pierdan la esperanza.

Las oportunidades que hoy tengo
son gracias a la valentía de mi madre.

Gabrieli, 2018

PARA PROFUNDIZAR EN LA SITUACIÓN DE LAS MUJERES Y LOS HOMBRES QUE SE MUEVEN

¿Sabías... ¿Que este libro no estará completo hasta que tú no escribas tu historia, aquella que siempre has querido contar, lo que quieres que se sepa de ti o que nunca se olvide de tu vida?



Jennifer, Gladys, Vicky, Merche, Daniela, Hanane, Verónica y Gabrieli han compartido su intimidad, experiencias y análisis con el objetivo de desmontar los prejuicios y rumores, combatir la extranjerización y la xenofobia y, sobre todo, sembrar comprensión, empatía y convivencia.

Por eso, te pedimos tu colaboración para seguir divulgando sus valiosos testimonios. Este libro está editado en formato **Creative Commons** para que pueda ser copiado, distribuido y compartido con el fin de que llegue al máximo número de personas. Eso sí, recuerda siempre reconocer la autoría de **Médicos del Mundo Asturias** y no usarlo con fines lucrativos y/o comerciales.

Este libro es mucho más que la historia de ocho mujeres migrantes en primera persona. Es el resultado de un largo viaje físico y psicológico a través del cual reconstruyen las claves de las luchas y resistencias que millones de mujeres están desarrollando en el mundo contra las políticas racistas de extranjería de países como España, contra la condena a la pobreza y la falta de horizontes vitales en sus lugares de origen, contra la explotación laboral en los países enriquecidos y contra el xenofobia, la islamofobia, la extranjerización y el eurocentrismo. Y la están librando siendo migrantes, con o sin papeles, haciendo valer su derecho universal a la libre circulación. Porque la historia de la humanidad es la historia de mujeres que se mueven.



Financian:

